

LOS CAMINOS DE LA INTOLERANCIA¹

María de Lourdes Herrasti
Alumna de la Maestría en Ciencias Sociales
con opción en Estudios Fronterizos-CESMECA

Tanto la tolerancia como el respeto encuentran sustento en el reconocimiento, de re-conocer la presencia del otro, del diferente. Más allá de la idea de “soportar sin remedio” impulsados por el deseo de vivir en paz o por cumplir con un mandato de ley, la tolerancia puede cobrar la forma de aceptación de un derecho humano, o incluso transformarse en la sospecha o convicción de que el “otro” puede aportar opiniones, costumbres y puntos de vista. La tolerancia puede desembocar en la convicción de que, al igual de lo que sucede en el medio ambiente, la diversidad nos enriquece y nos beneficia mientras que la homogeneidad nos empobrece.

Michel Walzer en su Tratado sobre la Tolerancia, señala que son los derechos individuales los que están en la raíz de todo tipo de práctica tolerante y que existen cinco actitudes frente a la presencia del “otro cultural”. Tres de ellas son actitudes pasivas que equivalen al “vive y deja vivir”: la aceptación resignada de la diferencia, la indiferencia y un cierto tipo de estoicismo moral al reconocer que los “otros” tienen derechos, incluso aunque ejerciten esos derechos en formas que resulten poco atractivas. A éstas se suman otras dos actitudes que implican escucha, admiración, disposición para aprender, y una solidaridad a la que antes se le llamó benevolencia. Una de ellas es la apertura y la curiosidad, y la otra es la entusiasta interpretación de la diferencia a la que se festeja y aprueba por sus cualidades estéticas y funcionales. Este sería el caso de la defensa del multiculturalismo que lo considera como necesario para el pleno desarrollo humano, un desarrollo que ofrece individualmente a hombres y mujeres opciones que re-significan su autonomía.

Por su parte Ferrater Mora, en el Diccionario de Filosofía, pone énfasis en las transformaciones que ha tenido la tolerancia a lo largo de la historia y señala que de tener un sentido teológico, de indulgencia para con ciertas doctrinas pasó a cobrar un sentido político y que implicó el respeto a los enunciados y prácticas políticas para pasar finalmente a cobrar un sentido social que implica la comprensión frente a las opiniones contrarias

A) LA TOLERANCIA NEGATIVA Y LA TOLERANCIA REPRESIVA

Pero en la práctica esta actitud tolerante en ocasiones se utiliza frente a la violación de las reglas de convivencia, un darse y no darse por enterado de lo que sucede. Este tipo de tolerancia es prerrogativa de quien ejerce el poder y cuando se da en la esfera pública puede encubrir vicios y abusos que se cree inconveniente, imposible o impudente perseguir. A ella, Marcuse le llamó tolerancia indiscriminada, Humberto Bobbio la calificó como tolerancia negativa y Garzón Valdés como intolerancia insensata.

Aunque con frecuencia esta actitud está alimentada por debilidad, indiferencia o por intereses de personas o grupos que ostentan el poder, ya sea económico o político, esta tolerancia no necesariamente tiene una connotación negativa. Decidir cuándo y cómo conviene al bien común “hacerse de la vista gorda” es un arte difícil pero en ocasiones necesario, que exige conocer a fondo una situación, evaluar con detenimiento lo que está en juego y sopesar las ventajas y las consecuencias.

¹ Este trabajo fue inicialmente realizado por encargo para la oficina del Lic. Miguel Limón y ha sido modificado para motivos de su publicación.

Y así como hay una tolerancia negativa hay otra que también tiene un signo negativo y que es la que Marcuse llama la tolerancia represiva. Se refiere a esta tolerancia que tienen los grupos dominados y que nace de su condición marginal que les impide revelarse contra los agravios de los que son víctimas.

La violación de las normas por los responsables de su aplicación no es para nadie una sorpresa. Platón consideraba la corrupción del gobernante como lo más desesperanzador para una sociedad, y en ese sentido la corrupción de un gobernante se convierte en un punto más que debe sumarse al concepto de "lo intolerable". Estas actitudes de la tolerancia negativa serían, sin duda, un claro ejemplo de los límites de la tolerancia que se verán más adelante

B) LA TOLERANCIA Y SUS VÍNCULOS CON OTROS CONCEPTOS COMO LA ÉTICA, LOS DERECHOS HUMANOS, LA JUSTICIA Y LA DEMOCRACIA

La tolerancia está estrechamente vinculada a la ética. Somos, irremediamente parte de un todo, de una sociedad que, de alguna manera, es la matriz que nos convierte en seres humanos en el sentido más amplio de la palabra. En ese sentido la tolerancia no es un asunto individual, sino comunitario, que no tiene que ver con la verdad o falsedad de una creencia, con las ventajas o desventajas de una costumbre, o con lo ofensivo o grato que pueden resultar algunas conductas individuales, sino con el derecho elemental a la libertad de creencias, tanto para los individuos como para los grupos humanos.

En este significado, es un asunto que nos remite a un elemental sentido de justicia y a la aceptación de los derechos humanos. Y no nos referimos sólo a una justicia utilitaria, necesaria para la paz pero desvinculada de principios morales, sino una justicia basada en la igualdad de derechos y en la convicción de que las desigualdades son arbitrarias, a no ser que razonablemente pueda esperarse que redunden en provecho de todos. Rousseau afirma que el sentido de justicia no es una concepción moral formada por el entendimiento, sino un verdadero sentimiento del corazón, iluminado por la razón, el resultado natural de nuestros afectos primitivos. Si los hombres, dice, no estuviéramos vinculados por los principios de la justicia, seríamos incapaces de sentir el resentimiento y la indignación que nacen de la sensación de injusticia, pero también estaríamos imposibilitados de establecer lazos de amistad y confianza mutua, careceríamos de ciertos elementos esenciales de lo humano

Humberto Eco, en sus Cinco lecciones morales: sobre las migraciones, la tolerancia y lo intolerable dice que la tolerancia, en este mundo multicultural, se convierte cada día más no sólo en una práctica imprescindible sino en un problema ético-político. Esto, la humanidad lo ha ido aprendiendo, poco a poco, a través de muy dolorosos episodios.

En síntesis podemos decir que existen varios tipos de tolerancia: La intolerancia por convicción es el caso más difícil de combatir. Cuando las personas han sido formadas en la lógica del odio es muy difícil acceder al diálogo. Pero si bajo el principio de la tolerancia reconocimos que todos somos igualmente racionales, no debemos renunciar a la discusión.

En el caso de la intolerancia por indiferencia se ha descubierto que suele presentarse en grupo. Si en general las personas somos propensas a actuar bajo el influjo poderoso del grupo, en la niñez y en la adolescencia esta necesidad se presenta con fuerza. El holocausto judío² ofrece muchos ejemplos, en 1942, 500 trabajadores polacos fueron trasladados para exterminar a lo largo de 11 meses 40 000 judíos pero lo realmente insólito es que, 90% de ellos colaboraron a pesar de que, desde el primer momento, tuvieron la opción de no hacerlo. Algunos estudiosos hablan de una reacción de conformidad con el grupo, pero en realidad parece que se trata de una complicidad activa, originada, más que en la convicción, en una especie de intolerancia por indiferencia frente al dolor ajeno.

² Ardent Hannah "Los orígenes del totalitarismo" Tomo 3. Editorial Alianza. 1951

En numerosas ocasiones la indiferencia se convierte en cómplice de las injusticias. Un famoso historiador ha dicho sobre el holocausto judío que “el camino a Auschwitz fue construido por el odio pero pavimentado con la indiferencia”.

Por su parte la tolerancia resignada fomenta entre los desprotegidos, las minorías y las víctimas la aceptación de su condición de agravio y desalienta la rebelión contra los opresores. Es inaceptable fomentar la aceptación pasiva de la injusticia y algunos autores señalan que en realidad esta actitud no puede considerarse tolerancia, pues tolerar implica tener el poder de no tolerar.

Tenemos también la tolerancia como aceptación del mal menor es una de las primeras modalidades de la tolerancia, cuando por razones de cálculo estratégico, se emitieron los primeros decretos de tolerancia religiosa. El problema es que el cálculo político (o de otra índole) es siempre circunstancial, lo que significa que en determinadas condiciones podría ser mejor no ser tolerante.

Finalmente podemos mencionar la tolerancia negativa que propicia la corrupción y que oculta intereses no manifiestos

C) LA INTOLERANCIA

La INTOLERANCIA por su parte, es una actitud que lamentablemente ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad y se manifiesta continuamente, casi a diario, tanto en los ámbitos del trabajo, la escuela o la familia, como en la relación entre los pueblos y las naciones. Cualquier valor, por legítimo que parezca como fin último, puede derivar en actitudes intolerantes y de hecho encontramos justificaciones tan variadas que van desde la supuesta defensa de valores que se consideran universales o la necesidad de velar por la seguridad nacional. La historia nos muestra grandes atrocidades cometidas en nombre de la virtud o del bien común. Pero la intolerancia también se manifiesta en asuntos tan triviales como pueden ser la forma de hablar o de vestir de alguna persona o grupo cultural.

En un primer acercamiento parece difícil hacer una tipología de la intolerancia ya que sus manifestaciones cobran su perfil según múltiples variables como el periodo de la historia, el lugar y la cultura en el que tiene lugar, así como el tipo de tejido social, de estructura política o, incluso, de circunstancias internacionales que la sostengan. Pero independientemente de todos estos factores, existe una tendencia, común a todos los hombres, de imponer a los demás sus propias creencias y convicciones, convencidos de la legitimidad de hacerlo. Esta falsa conciencia, implica no sólo una actitud mezquina de desaprobación de las creencias de los demás, sino también el poder para impedir que sigan viviendo o creyendo conforme a su propia decisión. Esta intolerancia que simplemente se origina en reacciones emotivas y superficiales. A esta intolerancia Umberto Eco la califica de intolerancia salvaje. Es, dice, pura animalidad sin pensamiento que se plantea antes que cualquier doctrina y se manifiesta entre los animales como territorialidad.

Cuando la intolerancia está vinculada al poder de un Estado cobra una dimensión histórica. No deja de ser sorprendente que junto con la búsqueda incesante de la paz y la democracia, la historia está llena de arbitrariedades cometidas contra modelos políticos igual que contra culturas, creencias y pueblos enteros a quienes se les margina, se les excluye o se les somete. La historia de la intolerancia ha sido en buena medida la historia de la humanidad.

Es una realidad que los movimientos de intolerancia aprovechan sentimientos, a veces difusos, pero que se encuentra en el ambiente. Así sucedió con la cacería de brujas durante la Inquisición y así también sucedió con la persecución de los judíos. El movimiento reúne un sentimiento que ya está ahí, a veces desde tiempo inmemorial y que contra la actitud de conocer, se alimentó de supersticiones. Lo mismo sucede en el ámbito privado cuando sin tener totalmente claro el porqué tratamos de encontrar motivos de justificación a la animadversión que sentimos contra algunos grupos.

Mientras que la tolerancia, como dijimos, tiene que ver con el reconocimiento, la intolerancia tiene que ver con la humillación, el desdén y el desprecio, y pueden derivar en la discriminación, la exclusión e incluso en el asesinato.

La intolerancia con frecuencia desemboca en el fanatismo. Esto ha sido así en los más dramáticos sucesos de la historia. El fanatismo, más allá de la falsa conciencia, mueve a las personas a la acción en contra de otros, en función de ciertas creencias, salpicadas de fantasía y del desconcierto de las pasiones. Los fanáticos son capaces de cualquier cosa por arbitraria y cruel que parezca e incluso están dispuestos a morir para cumplir, al pie de la letra, las enseñanzas que recibieron.

Aunque en términos generales podemos decir que los fanáticos están unidos por un ideal y buscan construir una identidad perfecta, donde no exista lo diferente y donde la pureza racial, cultural o confesional sean una realidad, el fanatismo también puede ser desencadenado a partir de la fe ciega en torno a un líder. Este fue el caso del totalitarismo. Este tipo de fanatismo, que surge en ausencia de cualquier doctrina, como resultado de pulsiones elementales, es aún más difícil de combatir pues no hay posibilidad de cuestionar sus premisas fundamentales, ni a través de la experiencia ni de los argumentos. Sin embargo, con la desaparición del líder, se diluye fácilmente. Por ello sus seguidores no estuvieron dispuestos a sufrir hasta la muerte por sus convicciones sino que renunciaron tranquilamente al movimiento como una apuesta fallida.

En el mundo de hoy el peligro del fanatismo es permanente, ya que surge en general entre las masas que tienen pocas ilusiones, que han cultivado la indiferencia frente a un porvenir que poco les ofrece, que con facilidad pierden el parámetro de la realidad y la capacidad de reflexión, y se dejan dominar por ideas, individuos o acciones que les ofrecen al menos una respuesta a sus necesidades de creer y pertenecer.

El fundamentalismo, el integrismo se han considerado como formas más evidentes de la intolerancia. Históricamente es un principio de hermenéutica vinculado a la interpretación de un libro sagrado. Sin olvidar el fundamentalismo judío o musulmán, en occidente nace en ambientes protestantes del siglo XIX con la idea de interpretar literalmente las Sagradas Escrituras y encontrar ahí la verdad que todos buscamos. Por su parte, el integrismo es una posición religiosa y política por la cual los principios religiosos se convierten en modelo de vida política y fuente de la ley.

El fundamentalismo es conservador e intolerante en las creencias, pero no necesariamente lo es en los aspectos políticos. Por su parte los integristas no necesariamente son conservadores pues pueden basar sus creencias en posturas progresistas. En la actualidad hay posturas como la de algunos ecologistas, los defensores de derechos humanos o de grupos indígenas que han llegado a convertir sus creencias en "modelo político y fuente de ley" y que incluso en ocasiones olvidan lo fundamental por cuidar por ejemplo la corrección en el lenguaje.³ La xenofobia, el racismo son también formas de intolerancia frente a los extranjeros, a quienes pertenecen a una raza distinta y provocan discriminación, exclusión e incluso se manifiestan en forma tan violenta como puede ser el KKK en contra de los negros o los skin heads o grupos que en las fronteras asesinan a quienes pretenden cruzar en busca de trabajo.

D) LO INTOLERABLE. EL LÍMITE DE LA TOLERANCIA

Sin duda, la tolerancia es una actitud que debemos ejercer, pero sin embargo, encuentra su límite en "lo intolerable", en aquellas conductas o situaciones que por extremas no pueden permitirse y que según Umberto Eco ni siquiera debemos juzgarlas o tratarlas como cualquier otro asunto. Ya Rousseau y

³ Se llega al extremo de no reconocer que se discrimina a un ciego si se tiene el cuidado de llamarle "persona con capacidades diferentes" o minusválido.

Saint Just hablaban de ello. El primero cuando decía que era necesario obligar a ser iguales incluso a quienes no lo desean y el segundo al señalar que ninguna libertad puede darse a los enemigos de la libertad.

Uno de los límites, posiblemente el más evidente, está planteado por el liberalismo político cuando afirma que sólo es posible limitar las libertades individuales cuando de ello depende la preservación de la seguridad física de terceras personas. John Rawls en su libro *La justicia como equidad*, se muestra como un representante de este tipo de pensamiento confía en que en un Estado de derecho estas situaciones son excepcionales y señala que aplicar estos límites es riesgoso y puede agudizar los conflictos, pero que hay ocasiones en las que no podemos pensar sólo en los principios filosóficos y es necesario analizar la situación particular.

Puede pensarse que uno de esos límites es “la maldad”, pero es necesario reconocer que existen muchas formas de concebir el bien y el mal. Lo que es bueno para unos no lo es para otros, y nadie tiene derecho a imponer su propia idea de las cosas. En este sentido el Estado debe ser neutral y no hacer juicios de valor imponer, normas sobre lo aceptado como correcto a pesar de que no todo lo que parece moralmente malo para algunos deba estar prohibido.

Resulta especialmente delicado e incluso en ocasiones confuso el reconocer los límites de la tolerancia especialmente cuando un Estado dice que es tolerante o intolerante como una forma de evitar males mayores para la mayoría de la población o como un recurso para propiciar un bien superior. Se dice que es propio del sabio legislador permitir las transgresiones menores para evitar las mayores. Y la dificultad se presenta en toda su dimensión si bajamos al terreno de lo concreto y nos preguntamos si debe tolerarse la producción y el tráfico de drogas, o la producción y el tráfico de armas o la producción y el tráfico de productos radiactivos para tener beneficios económicos o para conservar la paz. Nos preguntamos si realmente es intolerante el gobierno alemán cuando prohíbe actos públicos de grupos neonazis o el gobierno francés cuando clausura dos periódicos musulmanes ligados al terrorismo argelino. Pensamos si realmente son intolerantes las legislaciones que prohíben el aborto, o son intolerantes quienes con la bandera de los derechos humanos defienden causas o personas que lastiman el interés público. El problema es el criterio con el que se decide y los intereses ocultos que pueden encontrarse en los entretelones del poder.

Para poder tomar decisiones en ese sentido debemos de disponer de argumentos éticos, y como dice Rawls de argumentos filosóficos y de prudencia política. Por su parte Xavier Etxeberria señala que cuando la intolerancia procede del poder dominante, ya sea público o privado, no deben tolerarse ni sus actos, ni la expresión de sus ideas, pero en cambio, podrían ser toleradas expresiones intolerantes cuando van dirigidas contra grupos iguales o superiores. Finalmente concluye que los actos de intolerancia privada deben ser juzgados por los tribunales competentes.

El problema se torna aún más difícil cuando se trata por ejemplo de proteger a las víctimas de la violencia intolerante en naciones ajenas. En este caso muchos factores deben ser considerados ya que los valores, como sabemos, no tienen el mismo peso ni pueden ser definidas de manera absoluta. Por ejemplo, hay movimientos que cuestionan al liberalismo, particularmente la idea de la identidad un individuo aislado de su contexto y defienden las identidades comunitarias. Argumentan que las personas sólo llegan a serlo en la medida que forman parte de comunidades con las que comparten una forma de ver el mundo, de concebir el bien y el mal, de justificar y explicarse sus derechos y deberes. Para ellos, los derechos culturales o colectivos son más importantes que los derechos individuales y llevado al extremo se podría considerar que las colectividades tienen el derecho de defender y proteger su identidad cultural frente al extraño.

La polémica no resulta para nada un disparate. La multiculturalidad cada vez más presente en el mundo gracias entre otras cosas a las fuertes corrientes migratorias implica nuevas problemáticas que

no siempre encuentran soluciones sencillas. Por ejemplo, es el caso de algunas costumbres de grupos indígenas americanos, igual que de grupos asiáticos o musulmanes que en ocasiones lesionan gravemente los derechos individuales o bien los inmigrantes que al arribar a naciones con culturas diferentes mantienen prácticas que pueden resultar inmorales (e incluso ilegales) en su nuevo contexto.

Un límite tan expreso como impreciso, pero quizás el único posible, es el respeto a los acuerdos a los que cada sociedad y el mundo en general han llegado respecto a los Derechos Humanos y a los derechos de las naciones. Estos instrumentos, a pesar de que permiten interpretaciones dispares e incluso cuestionables, son en realidad el único punto de partida. La complejidad del tema nos obliga a confiar en que sean las leyes quienes tracen la frontera, sin olvidar que hay leyes injustas, que toleran la injusticia. Si recurrimos a las declaraciones de la UNESCO⁴ vemos que ellos plantean que la tolerancia se sustenta en la dignidad de la persona y en ese sentido ningún grupo puede valer más que las personas que lo conforman.

John Locke en su Carta sobre la Tolerancia aseguraba que los magistrados no debían tolerar ningún dogma adverso y contrario a la sociedad humana y a las buenas costumbres.... y al parecer este sigue siendo un principio vigente. Pero, y ¿quién dicta cuáles son las buenas costumbres?, y ¿cuántas arbitrariedades no se han cometido en su nombre?

PERO... ¿Y QUÉ ESTÁ ATRÁS DE LA INTOLERANCIA?

Aunque es cierto que la intolerancia se alimenta de esta tendencia universal a imponer a los otros nuestras convicciones, ésta no deja de ser una respuesta simple ante el complejo entramado de hilos que le dan vida y entre los que aparecen desde determinadas estructuras psicológicas, como el aprendizaje ya sea de actitudes y comportamientos o de sistemas de valores y convicciones y prejuicios. También interviene de forma muy puntual la ignorancia y la ausencia de reflexión, y finalmente juegan su papel las conveniencias e intereses de diverso tipo no manifiestos o incluso rencores o ánimo de venganza. Sin embargo, todas estas actitudes no se convierten en un peligro sino hasta el momento en que se encuentran vinculadas a una actitud de arrogante poder.

El poder es la circunstancia más determinante para la intolerancia. A lo largo de la historia vemos pueblos tolerantes que, en el momento en que logran poder se convierten en verdugos de otros y esto se explica, al menos en parte, porque la intolerancia es un círculo vicioso del que no es fácil salir una vez que se ha puesto en marcha. El mundo musulmán estuvo durante siglos en la vanguardia de la tolerancia y hoy se encuentra rezagado, posiblemente porque el rechazo le obliga a acercarse peligrosamente a los límites del fanatismo. Lo mismo sucede con los individuos o pequeños grupos que cuando no encuentran horizontes para su desarrollo se acogen a una ideología política o religiosa que satisface su necesidad de insertarse en un grupo, su necesidad de espiritualidad, de comprensión del mundo, de actuar y de participar y adquieren un radicalismo intolerante.

Si analizamos a la intolerancia como una actitud unida al poder que expresa la desigualdad social podemos establecer las fuentes de donde se nutre. Entre ellas, la primera es el etnocentrismo. Un etnocentrismo que nace de la convicción que tienen todos los pueblos de ubicarse como el mejor, el más valioso, el elegido por dios, el de los "hombres verdaderos", el poseedor de la única verdad, dejando a los otros como erróneos, marginales o desviados del camino. A este sentimiento, que con frecuencia se adquiere en la más tierna infancia, puede sumarse el temor y el miedo a que ese "otro" capaz de desplazarnos, de evitar nuestro desarrollo o al menos de retrasarlo o de obstaculizarlo.

⁴ Declaración de los principios sobre la tolerancia. UNESCO 1995.

A pesar de que el orgullo por lo propio puede considerarse un sentimiento natural no podemos olvidar que cuando va acompañado de prepotencia, ignorancia, prejuicios, falta de visión y de comprensión de quien es el otro y de la importancia de su presencia, se convierte en el cimiento para el desarrollo de la intolerancia. Quienes dominan son, en general, los que más tienden a exagerar la excelencia de sus cualidades, son ellos quienes buscan imponer su definición negativa de los "otros" con calificativos que los degradan y presentan como despreciables y, finalmente con los que incluso pretenden justificar el maltrato que les dan. Este etnocentrismo, ha jugado un papel especialmente importante en el caso de occidente

Además del etnocentrismo el mundo padece una intolerancia social. En este caso son los grupos poderosos quienes rechazan creencias y prácticas cotidianas, con frecuencia intrascendentes, de grupos socioeconómicos con menores posibilidades, a pesar de que la necesidad los obligue a tolerarlos. Este sentimiento llega al extremo de considerarlos como una amenaza para sus intereses materiales o simbólicos, para su existencia o su poderío. Esto los lleva a buscar formas de mantenerlos como subordinados, y de ser posible de excluirlos de la sociedad.

Finalmente la última fuente de la que se alimenta la intolerancia son los prejuicios de inferioridad, el sentimiento o la creencia de que el otro es realmente inferior, a pesar incluso de que sea de la misma raza y estrato social. Y es inferior porque no piensa o se comporta como nosotros con lo que pone en entredicho o incluso amenaza nuestros valores e intereses políticos, económicos, sociales, culturales o filosóficos.

Es curioso, pero en este sentido podemos encontrar una discriminación a similares y una identificación con los opuestos. Cada grupo tiene una serie de características propias que los acerca a unos y los separa de otros, cada uno es depositario de una herencia vertical que viene de los antepasados y otra, horizontal que es producto de nuestros contemporáneos. Y aunque esta segunda es cada vez más determinante, la intolerancia hacia nosotros sigue siendo la intolerancia hacia nuestra historia, hacia nuestros ancestros y hiere lo más profundo de la persona

Todos ellos, la raza, la etnia, la religión, la clase social o el pensamiento son registros que interactúan y se combinan de diversas formas y que son finalmente la esencia de la identidad del otro, aquello con lo que se identifica. Con frecuencia estos rasgos que causan el rechazo, son o se convierten en los más significativos, en lo distintivo y de mayor importancia, invade la identidad toda y contribuye a su fortaleza.⁵

La intolerancia se vuelve especialmente peligrosa cuando está vinculada al poder ya sean personas, agrupaciones o gobiernos, los intolerantes llegan a estar dispuestos a cosas asombrosas que van desde la violación a la integridad del otro, el maltrato, la humillación y la injuria, la hostilidad velada o abierta, la animadversión, el desprecio y el odio, hasta desposeerlo de los bienes o derechos, marginarlo o segregarlo en la vivienda y el trabajo, excluirlo hasta la deportación o el destierro, o simplemente dejarlo al margen de la posibilidad de autorrealización y desarrollo. Para los intolerantes cualquier camino es legítimo para demostrar que el otro está equivocado.

Las estrategias también son variadas puede intentarse el convencimiento para que el otro cambie, también se ejerce presión, se amenaza y, en caso de no lograr los cambios solicitados se recurre a la tortura y a la violencia, a la guerra, a sanciones económicas ejercidas durante años o a la destrucción de toda una cultura (o civilización).

Las principales áreas de intolerancia se presentan en relación con:

⁵ Esto sucede con la negritud, el judaísmo o el Islam. Podemos considerar que una identidad fuerte se da cuando los grupos perciben con claridad su perfil y manejan con precisión la memoria de cómo el grupo al que pertenecen ha construido, a lo largo de los siglos, símbolos, instituciones, tradiciones y arte.

- Cuestiones de raza, etnia y manifestaciones culturales
- Creencias y convicciones religiosas, políticas o filosóficas
- Diferencias sociales de ingreso y conocimiento
- Discapacidad física o mental, diferencias de género edad o habilidades y
- Comportamientos inadecuados o peligrosos para el orden y la moral

A) LA RESPUESTA FRENTE A LA INTOLERANCIA

Ante la intolerancia la respuesta no se hace esperar. Quienes la padecen albergan la esperanza de ser reconocidos, así como quieren ser reconocidos, pero se sienten impotentes frente a una situación que los desvalora. Algunos frente a la intolerancia pueden volverse astutos y oportunistas, pero ser despreciados, desaprobados o ignorados genera a su vez sentimientos de venganza y rencor que alteran la concepción que el individuo tiene de sí mismo y, en el mejor de los casos, se cancelan con ello muchas oportunidades de desarrollo.

Los que comparten estos sentimientos se sienten solidarios, se agrupan, se movilizan, se dan ánimos entre sí, arremeten contra los otros. Todo el mundo tiende a rebelarse cuando siente amenazada su lengua, su religión o alguno de los símbolos de su cultura o su independencia.

Para ellos, afirmar su identidad pasa a ser inevitablemente un acto de valor, un acto de libertad. Y cuando no se sienten con fuerzas para defenderla, tratan de disimular, pero el sentimiento de rechazo se queda con ellos, agazapado en la sombra, esperando el momento de la revancha. Pero, asumida u oculta, proclamada con discreción o con estrépito la intolerancia permite un círculo vicioso que engendra y reproduce intolerancia, igual entre individuos que entre naciones.

La identidad y la dignidad no son negociables y esto explica el carácter muchas veces intransigente y virulento de una lucha que no se apagará mientras continúe la intolerancia. Pretender encontrar el origen de la intolerancia o el camino por el que transita es una tarea difícil. Cada caso está influido por diversas circunstancias, cada grupo humano tiene un bagaje cultural que lo impulsa a este tipo de acciones, cada acción tiene respuestas y resultados en muchos sentidos impredecibles. Sin embargo, la intolerancia se convierte en peligrosa cuando está unida al poder y los sucesos de la historia pueden ofrecer innumerables ejemplos.

LO QUE NOS DICE LA HISTORIA

A primera vista, la historia de la humanidad es una historia de intolerancia que ofrece la más infinita gama de manifestaciones. Ya sea por fanatismos o por intereses, la intolerancia está presente en ocasiones con una evidencia y un cinismo aterradores, o bien en forma velada e incluso justificándose como camino para llegar a un beneficio colectivo.

Por la intolerancia se han sacrificado los más elementales derechos humanos como en el caso de los miles de esclavos con los que se traficó durante cientos de años; se ha intentado borrar civilizaciones completas como la civilización mesoamericana, o se han obstaculizado los caminos para un desarrollo como sucedió con la mayoría de los pueblos de Africa. El mundo también ha sacrificado a científicos como el caso de Galileo Galilei, a pensadores como Ghandi y Martin Luther King o como el increíble caso del médico y teólogo catalán Miguel Servet de Villanueva. Este último ejemplo extremo, pues al poner en duda el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesús tuvo que huir de la inquisición española y refugiarse en Ginebra donde finalmente murió en la hoguera (1553), condenado como hereje, por atreverse a cuestionar la institución fundada por Calvino.

El mundo también ha presenciado miles de asesinatos que se realizan enarbolando creencias religiosas. Esto sucedió en el circo romano en los inicios del cristianismo y, durante la inquisición. O bien ha querido acabar con pueblos enteros como el repetido intento de acabar con el pueblo judío, que tuvo su más terrible expresión en el totalitarismo alemán.

Las creencias políticas y los intereses económicos también han sido motivo de innumerables actos de intolerancia. Encontramos pueblos enteros sacrificados como el caso de las matanzas realizadas en Timor Oriental, los gobiernos totalitarios de Stalin, la política de la URSS y aquella que tuvo lugar en Europa del Este, o la represión interna aunada al bloqueo externo que ha soportado el pueblo cubano. En ocasiones estos conflictos han cobrado perfil de problemas interétnicos y raciales como los conflictos entre serbios y croatas en Yugoslavia, o entre hutu y tutsi en Burundi, sin olvidar los grupos que tienen un odio feroz a los negros como el caso del KKK.

Otra intolerancia es la que se ejerce contra los pobres, ya sea desde el poder, como cuando son desplazados de los centros históricos a las afueras de la ciudad, o por las clases privilegiadas. En este caso incluso los poderosos llegan a despreocuparse a los pobres de su condición humana al preguntarse si sentirán igual que ellos. Y hay otra intolerancia, con frecuencia más velada, más disimulada y que se ejerce contra quienes mantienen conductas diferentes como los homosexuales o incluso la que se ha tenido contra los artistas a quienes se les censura porque algún grupo de la sociedad considera que su obra ofende a las “buenas costumbres”

A pesar de ello, la historia tiene también momentos de tolerancia. Unos, pocos, impulsados desde el poder. Otros muchos, cotidianos y permanentes, que se presentan en las relaciones entre los seres humanos. Y en la revisión de esta historia de tolerancia/intolerancia y de nuestra vida misma podemos darnos cuenta, una vez más, que en el mundo los fenómenos nunca se presentan “puros” y que en el caso de la tolerancia/intolerancia son realidades complejas, mezcla de creencias y vivencias, de sentimientos, de convicciones, de intereses y de personajes que cobran su verdadera dimensión en determinadas circunstancias.

Un primer análisis de algunos de los principales sucesos de la historia, nos muestran una serie de características que parecen estar siempre presentes cuando aparecen actitudes de tolerancia/intolerancia.

1. La tolerancia/intolerancia son fenómenos impermanentes, que cambian con el curso del tiempo. Encontramos en un mismo pueblo momentos de intolerancia precedidos de tiempos de paz y a los que suceden épocas de respeto, o bien largos periodos de tranquilidad pública en los que aparecen conflictos étnicos entre grupos que poco tiempo antes eran amigos, o bien una solidaridad ciudadana entre vecinos enemigos que se desborda ante situaciones de intolerancia pública. En fin, las combinaciones son infinitas y dependen también de infinitos componentes económicos, políticos, así como de creencias y costumbres y su mezcla hace que algunos pueblos, en algunos momentos, sean más tolerantes que otros. Un ejemplo de esta impermanencia es Roma con su larguísima historia en la que hubo momentos de gran tolerancia como la que manifestaban con dioses y cultos ajenos, seguidos de otros de profunda intolerancia por ejemplo con judíos y católicos.

2. En los momentos de tolerancia o intolerancia si bien influyen muchos elementos de entre todos, resulta determinante la actitud ya sea violenta o agresiva, generosa o benevolente de los gobernantes, líderes populares, científicos o religiosos, quienes logran modificar con frecuencia la vida y las creencias de todo un pueblo. No importa si sus intenciones están impregnadas de intereses territoriales, económicos o políticos. A esta tolerancia vinculada al poder, ya sea pública o privada se le ha denominado tolerancia vertical.

Si pensamos en personajes tolerantes que influyeron en el mundo de su tiempo, recordamos por ejemplo a Zenón convencido de que el sentido de la vida era el gozo de practicar el bien, su sueño era lograr un mundo igualitario donde reinara la fraternidad entre los hombres. También podemos pensar

en Federico el Grande quien declaró que todas las religiones eran buenas, en tanto que la gente que las profesara fuera honesta. Y agregó “si vinieran turcos e idólatras a poblar el país, les levantaremos mezquitas y templos. En mi reino cada cual puede creer lo que quiera, siempre que sea honesto”. También en Austria, el rey José II emite un Edicto de la tolerancia (1781) a fin de permitir a sus súbditos el ejercicio privado de su religión, suprime la tortura y la esclavitud de los campesinos, modera la censura, y admite una crítica ilustrada. Y en América, Abraham Lincoln quien libró una guerra para lograr la liberación de los esclavos y de los negros aunque esto, según sus propias palabras, era más que por tolerancia con la intención de preservar la Unión.

Y si pensamos ya no en autoridades, viene a la mente fray Bartolomé de Las Casas, quien a pesar de aceptar la esclavitud de los negros fue un importante defensor de los indios. O a Ghandi, líder y profeta indio que predicó la no violencia y la tolerancia religiosa, luchó en contra de la discriminación de la que eran objeto la clase de los intocables y trabajó por la unidad de hindúes y musulmanes. También recordamos a Nelson Mandela quien padeció muchos años de cárcel a causa de su lucha contra la segregación racial que durante tantos años estuvo presente en Sudafrica.

Otros pensadores de mayor talla y que han impactado con su pensamiento la historia del mundo son Buda quien es posiblemente el ejemplo extremo de tolerancia y que reivindica como único camino de lograr avances espirituales, y Jesús de Nazaret quien predicó el amor y la comprensión al prójimo.

Lamentablemente junto con ellos, otros han sido ejemplos de intolerancia a veces terrible. Pensamos en Mahoma quien inició una guerra santa para convertir a los pueblos al Islam y que dio como resultado las Cruzadas y la reconquista de la Tierra Santa. En Erasmo de Rotterdam quien a pesar de sus aportaciones consideraba a los españoles un pueblo de bárbaros y tuvo conflictos igual con protestantes que con católicos. O bien Torquemada encargado de la inquisición, sin olvidar a Stalin con las purgas que llevó a cabo por motivos de convicciones políticas, ni a Hitler a quien debemos uno de los peores momentos de la historia.

3. Las instituciones y leyes también son determinantes para generar tolerancia o intolerancia, no garantizan la permanencia de la tolerancia. Estas instituciones son producto de largos recorridos históricos y de muchas batallas libradas con anterioridad. Tenemos por ejemplo, a la Iglesia Católica con su rígido precepto de que “fuera de la iglesia no había salvación posible”, con su postura represiva y persecutoria contra judíos y musulmanes y con su condena a todo pensamiento que saliera de los estrechos parámetros permitidos, esta institución propició y alentó graves momentos de intolerancia. Y para muestra basta con recordar la creación del Tribunal de la Inquisición que buscaba justificarse en el deseo de lograr una sociedad cristiana libre de impurezas.

Pero en sentido contrario otras normas e instituciones permiten avances y es el caso de constituciones liberales y de la normatividad internacional a favor de los derechos humanos.

4. Hay circunstancias y convicciones que favorecen los momentos de tolerancia/intolerancia. En este sentido un buen ejemplo es Grecia, lugar donde se mezcló la intolerancia y la tolerancia en pensamientos, instituciones y acciones. Su pensamiento, el politeísmo y su sistema democrático basado en el debate se prestaban poco para la intolerancia y sin embargo, en Grecia se tenía a los esclavos y a las mujeres como espíritus inferiores, al grado de tener a la homosexualidad como un acto de suprema belleza, y tampoco consideraban a los migrantes como ciudadanos. Ellos fueron capaces de dar muerte a Sócrates por sus ideas y de combatir a muchos pueblos.

5. Otro de los principios que muestra al análisis histórico es que la intolerancia siempre produce intolerancia. Un buen ejemplo es Tomás Moro con quien las autoridades enfrentaron una intolerancia del mismo tamaño de la que él manifestó frente a ellas. También podemos pensar en el KKK, el que independientemente de los tortuosos pensamientos que la alientan, tuvo su origen después del asesinato de Lincoln, como una reacción a los primeros Congresos Estatales de mayoría negra y en donde se excluía

a los blancos y se les obstaculizaba su voto. También podemos recordar a Lutero, acusado de herejía, puso en evidencia la profunda intolerancia y por ello, durante un tiempo, antes de ser admitido por los príncipes de la Reforma, abogó por la libertad de expresión. Sin embargo, cuando su doctrina fue criticada respondió con una intolerancia total y pidió se reprimiera a los disidentes. Igual de intolerante se comportó Calvino. Lo más importante del movimiento fue que el luteranismo otorga un peso importante a la conciencia individual, que constituye la base de la libertad de creencias.

6. La intolerancia va en contra de la riqueza y el progreso de la humanidad. Cuando se termina con la diversidad se termina con múltiples posibilidades de avance que la complementariedad permite. Como ejemplos incuestionables están tanto Alejandría, como España y especialmente Córdoba, lugares de vitalidad y progreso y en los que la salida de judíos y árabes provocó graves pérdidas económicas y culturales. O bien Francia cuando con la anulación del Edicto de Nantes se produjo el éxodo de cerca de 500 000 hugonotes, en general altamente calificados.

7. La tolerancia/intolerancia vertical, la que se da entre grupos de pobladores, entre etnias o entre personas está en general más exenta de intereses no manifiestos que aquella que se ejerce desde el poder. Un buen ejemplo es la fundación de la Confederación Suiza (1315) con los representantes de los distintos cantones, la convivencia pacífica que encontramos en Nueva York, y por supuesto la inmensa tolerancia que tiene el pueblo tibetano en su vida cotidiana.

A) UN PRIMER RECUENTO DE LOS HECHOS HISTÓRICOS

No es mi intención hacer una revisión total o exhaustiva de los ejemplos que nos ofrece la historia sobre tolerancia/intolerancia y mucho menos profundizar en cada uno de ellos. Sin duda, ninguno de ellos puede ser realmente explicado sin comprender los aspectos económicos y políticos que se escondían, a veces con tino, tras los motivos manifiestos. Sin embargo, la intención es simplemente mencionar algunos momentos que llaman la atención, momentos en los que grupos humanos han podido convivir, a pesar de las profundas diferencias en costumbres y pensamientos, en armonía. También, en este rápido recuento hablaré de tres⁶ que considero que representan momentos paradigmáticos de intolerancia.

Grecia, por ejemplo, si bien es cierto que fue un país de incongruencias, es una referencia obligada cuando se habla de tolerancia. Ahí, se realizaron importantes aportaciones respecto a la riqueza que significaban las diferencias de opinión, convicción que se reforzaba en sus instituciones democráticas, en el debate público y en un colorido politeísmo, al grado que cuenta la historia que Demóstenes decía que en Atenas no se le ponía “mala cara” a quienes pensaban o actuaban de una manera que la sociedad consideraba reprobable.

Tenemos por ejemplo a Jenófanes, modesto, cauto y humilde, cuestionaba la rigidez de la tradición y reconocía lo limitado del entendimiento humano y junto con Heráclito que concebía la realidad como algo en permanente transformación, imposible de ser aprehendida por el hombre, dieron lugar al reconocimiento de la diversidad y a la certeza de que a la verdad se accede en una búsqueda común.⁷ El pensamiento de los sofistas, —quienes veían al hombre como algo relativo,

⁶ La lista de momentos de intolerancia puede ser casi interminable. Sería interesante hacer este mismo esfuerzo en una revisión del siglo XX, pero esto sería motivo de otro ensayo.

⁷ Existen innumerables textos que hablan de este pasado del mundo clásico. Véase por ejemplo desde un texto general como puede ser la Historia Universal de Pirenne, hasta textos específicos sobre instituciones democráticas como el de Norberto Bobbio y Miguel Ángel Bovero “Origen y fundamentos del poder político” en donde se abordan asuntos de democracia, participación política, o textos como el de Leonardo Avritzer sobre Democracia deliberativa.

inconsistente y diverso, a las cosas con una esencia variable y contingente— reconocían que existían tantas verdades como individuos. Por su parte, Sócrates planteaba que es en la duda permanente y en el diálogo con los otros como se construye el conocimiento.

Sin embargo, Grecia no estuvo exenta de una profunda intolerancia para con los esclavos y las mujeres a quienes consideraban como espíritus inferiores, con los inmigrantes a quienes no consideraba como ciudadanos e incluso con los pensamientos de Sócrates, hasta llegar al extremo de darle muerte.

También es posible traer a la memoria algunos aspectos de la vida en Roma. Ahí, algunos pensadores, entre ellos los estoicos, defendían un universalismo y creían en la igualdad de los hombres incluidos los esclavos. Sostenían que el ideal ético se alcanzaba en la fraternidad universal. También es cierto que en su politeísmo tuvieron cabida otros dioses y otros ritos pero mostraron una gran intolerancia frente al monoteísmo, ya fuera judío o cristiano y no sólo porque al ser monoteístas no aceptaban los dioses ajenos, sino porque eran religiones que además no permitían a sus seguidores rendir culto al Emperador. Es un hecho que en el mundo politeísta que dominaba hasta ese momento ingresó el monoteísmo, primero judío y luego cristiano, que modificaron el escenario y la posibilidad de una convivencia multirreligiosa.

Sin embargo, la tolerancia o intolerancia varió según los diversos emperadores. Por ejemplo, mientras Calígula y Trajano fueron intolerantes, Claudio fue benevolente. Por su parte Marco Aurelio fue un ejemplo de tolerancia e incluso dedicó a este tema uno de los doce libros que escribió y Constantino en cambio, a pesar de que aceptó con el Edicto de Milán la libertad religiosa, lo hizo como pago por el apoyo militar que le otorgaba la creciente y poderosa comunidad cristiana. Y cuando más tarde se declaró al catolicismo religión oficial del Estado, los beneficiarios se transformaron en perseguidores de “disidentes” y “herejes” hasta que el emperador Juliano, místico fascinado por la devoción y último representante de la dinastía constantina, al ver la intransigencia de la Iglesia Católica se convirtió en restaurador del paganismo.

Pero más allá del pensamiento la historia daría lugar a nuevas reflexiones. Pasando al terreno de los hechos un ejemplo digno de mención y que reúne tanto la tolerancia como uno de los más nefastos actos de intolerancia son los cátaros. Ubicados durante el siglo XII en la parte de Lombardía, especialmente en algunos lugares de los Pirineos como Languedoc, los cátaros han merecido el nombre de “los herejes perfectos” ya que a pesar de haberse separado de lo que en ese momento la Iglesia consideraba “lo ortodoxo” vivían conforme a las enseñanzas del evangelio en un ambiente de paz y tolerancia. No eran, por supuesto los primeros herejes en la historia, pero lo que llama la atención era su forma de vida. Llevaban una vida austera y predicaban en la lengua del pueblo. La mujer que recibía el “consolament”, una especie de bautismo con el que era posible limpiar sus pecados, era igualmente pura que el hombre e incluso podía, ella misma, impartir este “consolament” a otros que lo requerían. No cobraban diezmos, se denominaban a sí mismos “buenos hombres” y rechazaban la violencia y la mentira. Pero lo que es significativo al hablar de los cátaros no es sólo el mencionar esta comunidad con fuertes características de igualdad, sino a la tolerancia que muchas casas aristocráticas tuvieron hacia ellos.

Sin embargo, la Iglesia los consideró un peligro y a partir del Concilio de Tours en 1163, cuando se amenaza a quienes los apoyen, la persecución fue total, se impone la pena de fuego y finalmente se les confiscan sus tierras y se queman sus ciudades hasta lograr prácticamente su desaparición que se dio hasta el siglo XIV. Esta fue, una de las tantas Cruzadas, parte de éstas la Guerra santa convocada por Inocencio III. Este movimiento, que yo considero uno de los paradigmas de la intolerancia fue conocido no sólo por su intransigencia, sino por estar impregnado de un sentido místico, de un fuerte fanatismo y por supuesto de grandes intereses económicos ya que los cruzados podían despojar de sus bienes y sus tierras a los herejes. Las Cruzadas permitieron salir el resentimiento y odio contra los

judíos asentados en la ribera del Danubio y buscar la destrucción, no sólo de la fe musulmana, sino de sus aportes culturales.⁸

Otro ejemplo digno de mención es la ciudad de Alejandría, próspero centro industrial y comercial donde igual se encontraban especias que artículos de lujo, trigo, papiro, telas, cobre del Sinaí, oro, ébano y marfil de Arabia y Nubia y en donde los judíos, desde época muy temprana participaron en un gran movimiento cultural que convirtió a la ciudad en foco del pensamiento en donde igual se abordaban a profundidad problemas del mar, como de medicina, química y física.

O bien la fundación y el éxito económico, científico y cultural de una ciudad como Córdoba, espacio de convivencia, colaboración y armonía de varias razas y religiones. Fundada posiblemente después de la primera dispersión babilónica con campesinos, artesanos, mercaderes letrados, y con una posterior incursión romana. El califato de Córdoba se fundó al mismo tiempo que el imperio en Bagdad, a finales del siglo VIII, y logró su máximo esplendor en el siglo X. Y varias cosas ayudaron a crear un entorno favorable a esta creación común que el mundo reconoce.

A pesar de existir un monarca absoluto por derecho divino, había igualdad de todos los fieles ante Dios lo que les daba igualdad civil ante el imperio. No había ni privilegios, ni castas, ni nobleza hereditaria. Era un Estado centralista en el que los funcionarios gozaban de amplias ventajas materiales, pero no constituían una casta cerrada y eran reclutados igual en cualquier estrato de la sociedad. Y hacia afuera la defensa se hacía marcando límites gracias a un ejército popular y sin hacer un esfuerzo por conquistar la península. Otra sabia decisión de los musulmanes fue la libertad religiosa y la amplia autonomía a las poblaciones conquistadas y los califas permanecieron constantemente fieles a estos compromisos. Libres de practicar su culto convivieron con los musulmanes, los cristianos y los judíos. Aunque gran parte de la población se islamizó rápidamente algunos cristianos continuaron agrupados en torno a sus obispos que eran presididos por uno ubicado en Toledo. Incluso en Córdoba se asentó una de las más importantes escuelas de Talmud. Esta libertad atrajo a España gran cantidad de judíos que fueron los más importantes agentes del comercio internacional.

En su libro *el Médico de Córdoba* Herbert Le Porrier cuenta la historia de Marimónides, señala que seguramente hubo querellas y rivalidades, enfados y reconciliaciones, mezquindades y murmuraciones, abusos y crímenes en la vida en Córdoba, pero lo que la convierte en un prodigio es haber conjugado tres culturas, fundamentalmente diferentes para dar nacimiento a una obra común y en donde cada quién aportó lo mejor de sí. “La comunidad ibérica, —dice— la menor en número pero la mayor en antigüedad, había depositado todo el ingenio que poseía para el estudio y la dialéctica, y la habilidad de sus manos para modelar formas; el Islam vertió la prodigiosa poesía de las amplitudes sin límite, su arte de vivir y el orgullo de su arquitectura desafiadora del tiempo; los latinos depositaron su pragmatismo y su resistencia, su ritmo y su buen sentido. Fue un matrimonio del amor y razón que asociaba el alma y la carne, la libertad y el respeto a los demás, las corrientes de fondo y los remolinos de superficie, eso fue el milagro cordobés”. Y al hablar de la convivencia señala que nadie objetaba que un tercio de la ciudad descansara el viernes, otro tercio el sábado y otro tercio el domingo mientras que con motivo de las grandes fiestas todos se mezclaban.

Los reyes de Castilla y de Aragón habían tenido la cordura de practicar una política de amplia tolerancia religiosa. A pesar de las órdenes represivas dictadas por los Concilios de Letrán en 1179 y en 1215, no consintieron que la Inquisición se introdujera en España. Fernando III se hacía llamar el “emperador de las tres religiones”. En los años que siguieron la situación no varió, los judíos eran dueños de todo el comercio y los moros tenían en sus manos muchas actividades artesanales y agrícolas. Esto, sin embargo, generó cierta hostilidad pues se les acusaba de acaparadores y fue cobrando un matiz

⁸ Cabe señalar que no es posible olvidar la intolerancia mahometana frente a otras religiones y su deseo de convertir a todos los pueblos al Islam.

religioso que incluso provocaron ciertos disturbios antisemitas en 1431. Este clima fue aprovechado por los reyes Fernando e Isabel para cumplir con su objetivo de agrupar a los distintos reinos en una monarquía. Así, repudiaron la tolerancia practicada hasta entonces y en 1481 crearon los tribunales de la inquisición, no sólo contra infieles, sino también contra falsos conversos y, a pesar de algunas sublevaciones, los judíos y los moros salieron del país.

No puedo dejar de mencionar este otro momento de intolerancia, vinculado con los anteriores por tener esta misma orientación de “acabar con los herejes”. Me refiero a la Inquisición. Esta tuvo sus manifestaciones, por ejemplo, entre los cátaros a quienes se torturaba y quemaba en forma colectiva o individual como a tantos otros herejes, sin embargo, parece aún más dramático que esta política de intolerancia se haya institucionalizado creando un tribunal especializado con una amplia jurisdicción que pasaba por encima de fronteras políticas y obispados. En 1231 aparece un delegado en Alemania y de ahí el sistema se establece en Francia y España.

Antes de concluir estos momentos que, en su mayoría, se ubican en la Edad Media es importante hacer dos últimas menciones a la tolerancia. Primero, recordar al Gran Kan, Kublai Kan, nieto de Gengis Kan fundador del imperio mongol, y sobre el que Marco Polo relata, al margen de las fascinantes riquezas y extrañas costumbres, un mundo de armonía religiosa que fue posible al parecer sólo por un tiempo. La otra mención se destina a las mujeres. Cabe mencionar que en la Edad Media ellas tenían los mismos oficios o labores que los hombres. No había diferencia e igualmente había peluqueras o cirujanas, herraban caballos o se dedicaban al comercio. Había también mujeres eruditas, aprendían latín, a escribir y leer las sagradas escrituras.⁹ En este sentido, el Renacimiento fue un paso atrás.

Durante la Edad Media se orquestaron un conjunto de justificaciones que fortalecieron la intolerancia en la Iglesia. Muchas de estas prácticas fueron justificadas con argumentos racionales o bien planteados como actos de amor por filósofos y teólogos de la talla de San Agustín y Santo Tomás.

La Edad Media fue un momento en que se plasman algunos de los rasgos esenciales de la cultura occidental, según Jaques Le Goff como el nacimiento de sociedades fundadas en el rechazo y la exclusión de los herejes, los leprosos, los judíos y los homosexuales capaces de combatir todo lo que amenazara su prosperidad (s XIII). Época de brujerías y supersticiones que en medio de la hostilidad provocada por conductas no permitidas, logró sin embargo un cambio central cuando reemplazó el derecho ligado a la sangre, por el derecho territorial.

B) LA REFORMA: TOLERANCIA COMO PRUDENCIA POLÍTICA

Imposible no hablar de la Reforma la que a pesar de sus orígenes políticos, fue un movimiento que puso de nueva cuenta en el tapete de la discusión el derecho y la razón de la libertad de creencias al menos como necesaria prudencia política. Momento de posturas extremas que dio lugar a la libertad religiosa que hoy vivimos y a la separación de la Iglesia y el Estado que hoy nos parece tan natural en Occidente.

La Reforma fue clave para modificar la práctica de la tolerancia. Sin embargo, las medidas políticas y administrativas no incluían a las minorías judías que estuvieron siempre bajo regímenes jurídicos especiales, y fue necesario esperar hasta el siglo XIX para equiparar sus derechos.

Si bien la lucha por la libertad de creencias se inició como hemos visto en tiempos de Grecia y Roma fue en Europa en donde se dio uno de los grandes episodios de esta batalla que no parece haber llegado a su fin. Fue en estos años cuando protestantes, calvinistas y algunos católicos lucharon

⁹ Podemos recordar a la hija de Guillermo el Conquistador de nombre Adela quien a la muerte de su marido se dedicó a las letras. A Juana de Arco, a Hildegarda.

para lograr este acuerdo elemental e intentan terminar para siempre con una postura que había cobrado miles de víctimas.

La Reforma, más que lograr una convicción profunda sobre la necesidad de una tolerancia, logró la coexistencia más por razones de conveniencia política. Se producen acuerdos como la Paz Religiosa de Augsburgo (1555) que concedió la libertad religiosa a los Estados laicos del Imperio y a la nobleza pero que, sin embargo obligaba a los súbditos a sumarse a las creencias de sus señores con el principio de que el dueño de la tierra era el dueño de la fe. Unos años después el Edicto de Tolerancia de Nantes (1597) concedió a los hugonotes libertad para practicar su culto aunque con ciertas restricciones. Pero el edicto fue revocado apenas 31 años después por el cardenal Richelieu y más tarde anulado, en 1685, por Luis XIV con el resultado del éxodo de unos 500,000 ciudadanos, en general, altamente calificados.

Poco a poco se descubrió la utilidad de la tolerancia para la convivencia pacífica y el crecimiento económico y paralelamente nuevos pensadores continuarían aportando en ese tiempo y después durante la Ilustración. Entre ellos Voltaire, John Locke, Spinoza, Bayle Thomasius en Alemania o más tarde Milton y otros permitieron que estas ideas avanzaran, cobraran nuevos matices y se extendieran rápidamente por Europa.

En ese tiempo también tuvo lugar el Congreso de Transilvania (1568) en el que se prohibían las amenazas, la cárcel o el despido por causas de credo ya que se sostenía que la fe era un don de Dios. Pensamientos similares tuvieron lugar en la Confederación de Varsovia (1573) cuando disidentes religiosos se comprometieron a mantener la paz y no perjudicarse, principio que se incorporó en el juramento que el rey hacía durante su coronación. Fue en 1689 cuando se decretó la Ley de Tolerancia de Guillermo II.

El Renacimiento, además de la polémica entre razón y fe, o más bien, como parte de ella, la explicación de lo que ocurre en el universo abandonó la teología y recurrió a la ciencia y un ejemplo de las reacciones que esto provocó fue Galileo, a quien se obligó a retractarse de sus afirmaciones sobre el universo. Todo ello puso en tela de juicio no sólo la relación entre la fe y la razón, sino las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los siglos XVI, XVII y XVIII presenciaron nuevos aportes y edictos de tolerancia en prácticamente todos los reinos del continente europeo.

C) LA ILUSTRACIÓN: TOLERANCIA COMO RAZÓN Y PROGRESO

Finalmente la idea de tolerancia llega al umbral crítico cuando la humanidad finalmente intuye, y más tarde sostiene, que una parte de esa verdad tan anhelada puede encontrarse en otras tradiciones. Este pensamiento cobra su dimensión definitiva durante la Ilustración francesa en la época de los enciclopedistas. Ahí se intenta formar, no un poder neutro y tolerante, sino uno capaz de proteger todos los cultos y que logre la resolución de los conflictos por la vía de la discusión.

Para el momento de la Ilustración, la secularización de la sociedad ya tenía un camino andado y el naciente Estado moderno logró nuevos aportes que fueron determinantes para una nueva concepción de tolerancia, como fue la secularización del derecho, de la cultura y el arte y, finalmente, de la filosofía. Incluso el nuevo concepto de individuo. Este proceso dio los fundamentos para el respeto del "otro", y que dio como resultado, tiempo después, la aceptación de los Derechos Humanos. El Estado finalmente se ubica en un lugar neutral respecto a lo religioso que queda constreñido al ámbito privado. Otras modificaciones se incorporan a la política como la eliminación de la censura. El espíritu tolerante se relaciona con el progreso y con la fe en el poder de la razón.

Durante la Ilustración la idea de libertad cobró un enorme valor, entendida como resultado de un orden natural, no determinado por ninguna realidad trascendente. Así pues, la moral se desviste

de religiosidad, el derecho se basa en la naturaleza humana y en las convenciones, el laicismo queda como uno de los fundamentos de la política y la educación como camino de liberación. El progreso comienza a ser concebido (Kant) como la libertad para ejercer una crítica racional y finalmente el bienestar social. La práctica de dichos valores aparece entonces como la posibilidad de la felicidad individual y colectiva.

Este camino no estuvo exento de violencia y basta recordar la que se ejerció durante la Noche de San Bartolomé y en general a lo largo de toda la Revolución Francesa. Contribuyeron a ello pensadores como Lessing, Rousseau y Kant quienes colocaban en el centro de la discusión el comportamiento ético del hombre tanto como lo tuvieron Voltaire, Spinoza, Locke, Bayle o Montesquieu.

El rescate de la autonomía del entendimiento, la libertad de la razón y de la conciencia humanas representó la médula de este pensamiento que permitió sacar a la tolerancia del ámbito de la religión en donde se encontraba hasta ese momento, abandonar la noción del error consentido y entrar en el relativismo que impide poder descalificar las diferencias y mueve a su aceptación como algo natural que obedecía a la regla de oro según la cual se debe tratar a los semejantes como se desea ser tratado. Y, a pesar de que no necesariamente se consideraba la libertad de creencias como un derecho natural existía la convicción de que entre más sectas existieran, menos peligrosas serían debido a que la multiplicidad las debilitaría y también se plantean, en ese tiempo los límites de la tolerancia, y los católicos intolerantes como algo imposible de permitir.

Paralelamente se plantea la importancia de obligar a una recíproca tolerancia entre las creencias e incluso se manifiesta que el Estado debía tolerar todo menos la intolerancia, en otras palabras, no tolerar a los intolerantes pues constituyen un ilícito frente al cual la ley debe reaccionar. Como ejemplos de tolerancia, Voltaire habla del Sultán de Turquía quien destinaba obispos para las islas griegas señalando la antigüedad de sus costumbres y lo inocuo de sus creencias, al igual que lo hacían gobernantes de la India.

La Ilustración dio impulso a la tolerancia a pesar de que sacrificó las particularidades étnicas y culturales. A sus ojos, era progresista ser ciudadano del mundo y definirse como “ser humano” y no como miembro de un pueblo. Esto se presentó claramente entre los franceses del siglo XVIII quienes estaban convencidos de que su idioma y su cultura ya representaban en realidad “la cultura universal”.

Resulta interesante revisar la forma en como son tratados algunos conceptos en la Enciclopedia publicada en 1765. Por ejemplo, respecto a la tolerancia se plantea que tanto en las supersticiones como en la verdadera fe, las persecuciones y la violencia, sólo contribuyen a afirmar a alguien en sus convicciones y que los avances en el camino de la verdad sólo se logran en una situación de libertad. Por eso, la tolerancia es un simple dictado de la prudencia.

El artículo de “fanatismo” se define como el “afán ciego y apasionado, nacido de ideas supersticiosas, que conduce a acciones ridículas, injustas y crueles. Éstas se cometen no sólo sin vergüenza ni remordimientos, sino con una cierta alegría y satisfacción” y señalan como fuentes de fanatismo los dogmas tradicionales, la moral cruel, la confusión entre los diferentes deberes, el uso de castigos difamatorios, la intolerancia de una religión para con las otras o de una secta contra las otras de la misma religión y, finalmente la persecución. Lo sorprendente es que en este artículo de la *Encyclopédie* ya se trate también el “fanatismo patriótico” y exhorta a no confundir a los demagogos con aquellos gloriosos patriotas romanos como Bruto y Catón.

D) EJEMPLO EXTREMO DE INTOLERANCIA: EL TOTALITARISMO

¿Cuáles fueron los elementos que hicieron posible la aparición de un fenómeno como el totalitarismo?, ¿por qué tantos hombres se sintieron atraídos y fueron leales a estos regímenes tan siniestros?, ¿qué les

decían, cómo los convencían de renunciar a los sentimientos más elementales de solidaridad y justicia?, ¿cuál era la fuente en la que estos regímenes se alimentaban de intolerancia contra la sociedad y cuál en la que se alimentaba la sociedad para ser intolerante contra sí misma? Pero más aún ¿cómo la intolerancia se convirtió en una expresión cotidiana entre las personas que durante muchos años habían sido parte de una misma comunidad? En el totalitarismo la masa que se organizó para cometer los más increíbles crímenes actuaba como un fanático y chiflado que desconocía a su propia clase, “un individuo atomizado, una persona entre las ruinas de su mundo que sólo se preocupaba de su seguridad personal”.

El totalitarismo reunió a su favor un enorme conjunto de elementos internos y externos, pero entre ellos podemos destacar tres que parecen de especial importancia como elementos útiles en la construcción del futuro.

- El cuestionamiento de los valores y el desarraigo. El siglo XX recogía, no sólo la intolerancia que durante muchos años se había cultivado en contra de los judíos, sino que fue un siglo que cuestionó todo el sistema de valores que habían dado cimiento a la sociedad y en lo que habían contribuido disciplinas científicas, pensamiento filosófico e incluso la experiencia histórica. El mundo había perdido la fe en la justicia divina y tampoco parecía convencido de que la justicia humana fuera capaz de enderezar errores. Había un rechazo a la doble moral presente hasta entonces, a la hipocresía, a no poder reconocer abiertamente los sentimientos negativos que los seres humanos albergaban en el alma como la envidia o el odio y parecía revolucionario aceptar la violencia y el desprecio por los valores morales heredados de las generaciones anteriores. (HA) Los seres humanos buscaban una forma de expresar su resentimiento y frustración y estaban dispuestos para sumarse a movimientos en los que de alguna forma encontraban una reivindicación, un espacio de expresión, un grupo de referencia ya fuera un movimiento social, un partido político, una secta o incluso una sociedad secreta.

Desde la revolución industrial se había propiciado un fenómeno de desarraigo que debilitaba no sólo el intercambio de las personas con su mismo grupo sino el vínculo con sus orígenes con el consecuente resultado de la soledad y la superficialidad.

- La propaganda y el adoctrinamiento fueron también elementos que prepararon el terreno al fanatismo y a la intolerancia. Si bien es cierto que en el caso del totalitarismo, su verdadero objetivo no era persuadir y que su éxito se basó en organizar hombres sin pensamiento, es innegable que al menos en alguna de las etapas y, por supuesto en el resto de los gobiernos tiránicos, la propaganda y el adoctrinamiento jugaron un papel central. Dos elementos fueron utilizados: el énfasis científico de las afirmaciones, el uso de la superstición.

En primer lugar la propaganda aprovechaba la obsesión de occidente de creer que la ciencia es un talismán que curará mágicamente todos los males y basaba sus afirmaciones, al igual que la más burda propaganda de hoy en día, en supuestos científicos. A lo largo de la historia frente a problemas alarmantes, como pueden ser hoy los problemas del medio ambiente los grupos humanos respiran tranquilos y dejan de actuar al pensar que ya la ciencia encontrará una buena salida, y a tiempo para resolver antes de una catástrofe. Los dominadores no afirmaban ser justos o sabios, sino como responsables de ejecutar leyes históricas o naturales y el terror se convirtió en legalidad al estar orientada al cumplimiento de leyes superiores.

El totalitarismo también utilizó de forma muy hábil elementos de la superstición siempre presentes entre los más diversos grupos humanos. Sobran historias de cómo la sociedad teje leyendas

que le permiten justificar su desprecio en torno a determinado grupo. Lo encontramos tanto en sociedades tradicionales, como entre grupos revolucionarios y anarquistas, igual entre sociedades que se ajustan a las normas, que entre terroristas, o bien en sociedades secretas o sectas religiosas. El propósito de la educación totalitaria nunca ha sido inculcar convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna.

- La separación del mundo real, la falta de información y de confrontación con otros puntos de vista fueron elementos utilizados por el totalitarismo y que hicieron posible la presencia del fanatismo y la intolerancia. En el totalitarismo hubo un empeño por rodear a los afiliados con una muralla protectora que les impidiera advertir con demasiada claridad las distancias entre sus creencias y las de los demás. Con ello se hizo más aceptable cualquier tipo de mentira, hasta que toda la atmósfera quedó envenenada y era incluso difícil reconocerlo.

En el caso del totalitarismo, la ceguera llegó a tal extremo que pudo asumir la responsabilidad de los delitos, y afirmar al mismo tiempo su respetabilidad. La falta de información y de reflexión llegó al extremo de que las personas (incluso fuera del país) se negaban a reconocer los crímenes que se realizaban frente a sus ojos. Quienes participaban no se detenían a pensar cómo era realmente la situación que vivían y su lealtad permitió mantener la ficción. Esta separación del mundo real permitió llegar al extremo de concebir las acciones más repugnantes con fines totalmente diferentes a la acción misma y, en este sentido, justificarlas con el peligro ilusorio de una conspiración mundial.

- El terror y la violencia que acaban con el espíritu antes incluso de acabar con el hombre fue otro elemento favorable en el totalitarismo. El fin era someter al grado de que las acciones más brutales e intolerantes no fueran cuestionadas por quienes las realizaban incluso si en ellas estaban implicados familiares o conocidos, personas de su mismo grupo, de su misma sociedad.

Para qué esto, el terror contribuyó en forma definitiva, permitió que todo el mundo fuera provocador y delator de todo el mundo y esto, antes especialidad de agentes secretos, se convirtió en un método de tratar con el vecino. Quienes participaban se convertían en cómplices y la culpa y la profunda humillación los transformaba en ardientes defensores del régimen. Todo ello provocó una permanente y generalizada desmoralización.

Más allá de los simpatizantes, en los campos de concentración también se llegó a manifestar la intolerancia entre los miembros del propio grupo. Ahí se acababa con el espíritu antes que con el individuo y las personas perdían el más elemental sentido de la solidaridad, perdían la dignidad como seres humanos y terminaban por dudar de sí mismos y de su propia experiencia. Los campos de concentración eran la única manera posible de dominar al hombre totalmente. El terror total destruye el libre albedrío y arrebató las libertades.

- La falta de comunicación y la respuesta total de una lógica incuestionable. En general, los gobiernos constitucionales están concebidos para establecer canales de comunicación entre los hombres, esto permite la estabilidad de un mundo cambiante en el que cada nacimiento es potencialmente un nuevo mundo. La comunicación facilita la comprensión, el respeto y la solidaridad. El totalitarismo arrasa con los límites establecidos por los hombres a través del derecho, y los coloca unos contra otros y tiene éxito cuando los hombres pierden contacto con sus semejantes y junto a ello la capacidad de pensar.

Por otro lado al pretender dar una respuesta total y definitiva, al cambiar la incertidumbre del pensamiento filosófico por una explicación total, no sólo se llegó a suposiciones simplistas y vulgares, sino que se limitó la libertad de pensar. Según Stalin el éxito no era ni la idea, ni la oratoria, sino la irresistible fuerza de la lógica.

Ésta es un peligro de todas las ideologías ya que todas reivindican la posesión de una explicación total y pretenden emancipar el pensamiento de la experiencia y de la realidad. De la misma forma que el terror arruina todas las relaciones entre los hombres, forzar el pensamiento para adecuarlo a una lógica, arruina las relaciones con la realidad.

- El aislamiento y la falta de comunicación son una de las formas más propicias para el dominio de los hombres. A pesar de que la capacidad de la mente humana puede no ser pervertida ni por la absoluta soledad, es una realidad que los hombres aislados no sólo carecen de poder para oponerse, sino que se debilita su capacidad de mantener un pensamiento lúcido y reflexivo. Esto, junto con el desarraigo y el no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás, el individuo no se siente pertenecer en absoluto al mundo y en ese sentido es capaz de alterar su comportamiento básico de solidaridad.¹⁰

GÉNESIS DE LA TOLERANCIA POSITIVA: EL VALOR DE LA DIFERENCIA

Uno de los pensamientos que es importante señalar como un parteaguas en la percepción y reconocimiento de la tolerancia, es el expresado en el siglo XIX por John Stuart Mill.

Este pensador plantea los límites que se han de fijar al poder político en toda sociedad y en su pensamiento aparece ya con nitidez la diferencia entre la esfera pública y la privada. Él defiende la libertad de pensamiento y el respeto a opiniones diferentes y se pronuncia contra toda censura. Él asegura que la diversidad más que un problema, es un bien, pues sólo a través de ella puede abrirse paso a la verdad, incluso porque la falsedad de otros planteamientos ayuda a clarificar el pensamiento. Al igual que Sócrates considera que el conocimiento demanda confrontación.

Ese es el modo tolerante. El aprecio por la diversidad y el saber escuchar a los demás, dialogar con ellos con la única pretensión de buscar la verdad.

Otro de los aportes de Stuart Mill fue plantear los límites de la tolerancia. Considera que en lo concerniente a uno mismo nadie debe intervenir, y que los límites deben imponerse sólo para proteger la libertad de los otros. De modo que la tolerancia aparece como algo característico del sistema político democrático, opuesto a los regímenes totalitarios. El gran salto de este pensador respecto a Locke es su claro aprecio por la pluralidad, como propia de la naturaleza humana.

Pero más allá de definiciones la generalización de la tolerancia junto con la expansión de las ideas de la Ilustración, estuvieron presentes las prácticas del capitalismo comercial y del democratismo político. Esta "ciudadanía universal" no prosperó en el siglo XIX, con la creación de Estados modernos con sociedades jerarquizadas, nacionalismos muy vinculados al chovinismo.

Estos Estados orientados al desarrollo económico plantean la necesidad de la unidad con lo que implica de autonomía y de subrayar las diferencias. Una autonomía que requiere una libertad política para lograr un desarrollo económico. Esta fue, en muchos sentidos, una historia que iniciada

¹⁰ Hana Adrden señala que los medios de dominación total en el totalitarismo, son diferentes a los del despotismo, tiranía o dictadura. En totalitarismo destruyó todas las tradiciones sociales y políticas que son legales y suplantó el sistema de partidos por un movimiento de masas. Estableció una política exterior abiertamente encaminada a la dominación mundial. Operó con valores tan radicalmente diferentes de todas nuestras categorías tradicionales legales, morales y utilitarias. Posiblemente su existencia se debe sólo al fallo deplorable de las fuerzas políticas tradicionales. Busca la dominación pero busca también que los hombres sean parecidos a otras especies cuya libertad consiste sólo en preservar la especie.

tiempo atrás y que movió igual a húngaros, checos y polacos, que a los pueblos asiáticos o africanos. En el caso de los pueblos latinoamericanos éstos buscaron la Independencia política y lucharon por la unidad nacional, no sólo durante el siglo XIX, sino también en el siglo XX desde Cárdenas, hasta Perón, Frei y Salvador Allende.

Así como estos son avances del pensamiento hacia la tolerancia el mundo de los últimos años ha visto algunos de los peores episodios de intolerancia. Uno de los ejemplos más lastimosos es el del totalitarismo alemán así como el aplicado en la Rusia de Stalin. Casos menos espectaculares han padecido pueblos como el de Timor Oriental que gracias a la Revolución de los Claveles logró su independencia de Portugal en 1974 y después de la invasión de Indonesia perdió en 10 años, casi 30% de su población, igual que el pueblo Tibetano, cuando fue invadido por China en 1950 con un costo de más de un millón doscientas mil vidas.

Hoy la globalización además de la relación entre los poderes internacionales, permite también la comunicación y el intercambio entre los pueblos, comunicación que se ve reforzada por las migraciones constantes y permanentes que son sin duda un fenómeno irreversible. En algún momento se pensó que estos fenómenos podían constituirse en una amenaza para la diversidad cultural, en especial para la diversidad de lenguas y formas de vida, pero los intercambios han mostrado que no sólo el mundo se enriquece con la diversidad sino que cada cultura se enriquece con el contacto con el otro. Por otra parte vemos que existe una reacción de defensa a lo propio y el mundo ofrece, a quienes quieren preservar las culturas amenazadas, medios para defenderse y vemos cómo minorías étnicas comienzan a manifestar una identidad fortalecida, lo mismo catalanes y vascos, que tibetanos, seris o mixes... El proceso de globalización puede convertirse en una oportunidad para renovar el diálogo entre culturas y civilizaciones y a la elaboración de lo que el día de mañana será nuestro futuro común.

En los últimos siglos Occidente se ha convertido, tanto en lo material como en lo intelectual, en una referencia central para el mundo entero. Todas las demás expresiones culturales se han visto reducidas a la condición de culturas periféricas, amenazadas de desaparición. Un día occidente tomó en sus manos las riendas del planeta, su ciencia se convirtió en la ciencia, su medicina en la medicina, su filosofía en la filosofía, y desde entonces ese movimiento no se ha detenido, sino al contrario, se acelera con el paso del tiempo. De alguna manera la dicha y desdicha del mundo vienen de Occidente.

Con frecuencia Occidente justifica actitudes intolerantes por la necesidad de terminar con un mundo arcaico frente a la posibilidad de otro moderno que satisfaga lo que consideran las aspiraciones de cualquier humano. Y en esa lucha no hay respeto, ni la intención de ver otra realidad más allá de la propia. Para quienes nacen en el seno de culturas marginales la modernización significa el abandono de una parte de sí mismos, de su historia, de sus creencias y costumbres y, aun cuando haya entusiasmo por el cambio, el proceso conlleva amargura y humillación, en una palabra una profunda crisis de identidad.

Cualquier modelo o sistema de creencias debería de reconocer que la permanente transformación de la que han sido objeto a lo largo de la historia les impide presentarse como poseedoras de verdades absolutas. La historia muestra que ninguna doctrina es, por sí misma, liberadora. Cuando a nivel teórico parecen modelos a seguir, en la práctica, sobre todo cuando éstos se respaldan en el poder se presentan errores de cálculo, desviaciones de los principios que les dieron vida, medios que se convierten en fines y fines que justifican cualquier crimen. Se ha pervertido igual el comunismo que el nacionalismo o el liberalismo, se ha pervertido el cristianismo y el protestantismo. Cuando hay poder todos actúan con fanatismo, como si tuvieran el monopolio de la verdad.

Esta actitud puede acarrear el infortunio de la especie humana. Decenas de millones de personas, la mitad del mundo, se ven condenadas a perder sus propias expresiones y en ocasiones incluso a ser privadas de oportunidades elementales. Son sometidas, en aras de un sistema de valores morales a una

realidad que los degrada en escalas desconocidas. Naciones enteras son intervenidas y despojadas de un futuro propio y en esas circunstancias su población es incapaz de la creación y el desarrollo.

En Occidente, a algunos países les cuesta trabajo creer en la necesidad de practicar la tolerancia si se cuenta con la fuerza y el poder. De pronto la tolerancia misma aparece como una tiranía contra la que es necesario rebelarse, la convicción acerca de la responsabilidad de mantener un orden y un sistema de valores se impone. Esta forma de pensar cobra miles de disfraces, se infiltra en todas las mentes y los miembros de una sociedad se convencen de que hay una responsabilidad cívica, una responsabilidad de la cultura occidental frente a las otras expresiones.

Dos instancias son especialmente determinantes para la existencia de estas actitudes: la enseñanza y los medios de comunicación masiva. Con frecuencia quienes enseñan, no educan y con frecuencia enseñan, a través del oscuro lente del maniqueísmo, la superioridad de su forma de vida y no favorecen una reflexión que vaya más allá del absurdo esquema de lo bueno y lo malo. En ese mismo sentido los medios de comunicación masiva juegan un papel que cada vez es de mayor importancia. Algunos de ellos reproducen las ideas de la superioridad de unas culturas sobre otras e incluso hay los que utilizando un grotesco conjunto de calificativos discriminatorios contribuyen a que las personas llenen sus cabezas de discriminación e intolerancia. El cine es un ejemplo ya que con frecuencia presentan determinadas características raciales unidas a comportamientos violentos, corruptos o ineficientes y como personas que deberían desaparecer de la faz de la tierra.¹¹

ALGUNAS Y MUY BREVES REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE MÉXICO

En el caso de México no podemos dejar de pensar que el Imperio Azteca, tan fuerte y arbitrario en términos de impuestos y tributos, fue, sin embargo, tolerante en aspectos religiosos. Los dioses de una región eran adoptados por otra y venerados o reinterpretados sin que eso significara ofensas para nadie. La serpiente emplumada o Chaac aparece igual en Teotihuacan, que en la región maya, o en el imperio azteca. Y en el centro de lo que es hoy la Ciudad de México había un templo ecuménico en donde se adoraban la totalidad de los dioses. Y esta apertura frente a lo ajeno fue en muchos sentidos lo que permitió la unidad de rasgos culturales y la creación de la civilización Mesoamericana.

Por otro lado, si la convivencia requiere de tolerancia podemos pensar en la gran megaciudad que fue Teotihuacan con sus barrios en los que se asentaban mercaderes y artesanos de los sitios más remotos. Finalmente también en el mundo prehispánico encontramos un pensador amante de la armonía y la tolerancia como fue Nezahualcoyotl.

La conquista estuvo sin duda, como todas, impregnada de intolerancia. El aniquilamiento casi total del indígena, no sólo se debió a la inaudita ferocidad con la que a través de trabajo forzado se trató de explotar las minas que aquí se encontraban, sino también a la viruela, el sarampión y la sífilis que fueron parte del legado civilizador.

En la Colonia hubo sin duda una enorme intolerancia frente a este mundo desconocido al que buscaron borrar de una vez y para siempre. Sin embargo, también hubo en ese tiempo un ejemplo muy acabado de tolerancia en lo que fueron las misiones de jesuitas. Éstas, a pesar de que tenían la intención de convencer y convertir a un pueblo que consideraban como herejes, utilizaron para ello métodos de gran paciencia y comprensión. Podemos por ejemplo recordar al padre Kino y a Salvatierra y al padre Ugarte quienes con sus propios recursos intentaron penetrar Baja California o a fray Bartolomé de Las Casas con su defensa de los Indios o a Vasco de Quiroga que en Michoacán se dedicó a enseñar oficios a los distintos pueblos y a construir con ellos una utopía.

¹¹ Sería interesante hacer una revisión de la tolerancia en el mundo oriental y especialmente revisar el caso de India.

También en México podemos sentirnos orgullosos de que la nación se inauguró con un documento como el de Los sentimientos de la Nación que está en contra de la esclavitud, recoge la defensa de las libertades para el ser humano y declara la igualdad de condiciones para todos los habitantes.

La Reforma por su parte nos ofrece una muestra de la intolerancia frente a lo intolerable. Se trata de los límites de la tolerancia que el gobierno tuvo frente a una institución como la Iglesia para poder constituirse como país. Hay quienes opinan que el laicismo es en realidad el punto clave para la constitución de los estados.

Y en este mismo tiempo la presencia de la masonería, institución que luchó a favor de la tolerancia. Nacida después de la Reforma, con la llegada de la Ilustración, se distinguió por ser una sociedad de hombres libres y de buenas costumbres, altruista, filosófica, progresista que defiende la autonomía de la razón y opina que todos los Estados deben permitir el ejercicio libre de todo culto religioso, respetarse la opinión y manifestación de todas las ideas político sociales.

Por último, y junto con el racismo y la discriminación que aún están presentes en la vida cotidiana, una muestra de gran tolerancia ha sido la política que México ha tenido a lo largo de los años y en la que ha mantenido sus fronteras abiertas igual a judíos alemanes, chilenos o españoles.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Ciertamente el mundo de hoy está lleno de contradicciones. Por un lado son innegables los avances en el reconocimiento de los derechos humanos y los procesos democráticos. Hoy algunos gobiernos no sólo defienden la participación y la inclusión en sus discursos sino que se muestran propensos a inventar mecanismos que lo permitan. Hay medidas para proteger a los grupos minoritarios. La discriminación por motivos de creencias y de raza se ha visto obligada a acotar el territorio en el que solía desenvolverse, y el desarrollo de instituciones ofrece hoy un marco propicio para la tolerancia y la convivencia pacífica del género humano.

También la sociedad civil se ha fortalecido. Su voz por la defensa de los derechos humanos se escucha cada vez más y a la tradicional lucha por borrar del mundo la repulsiva discriminación por motivos de razas o creencias han sumado reivindicaciones de género, preferencia sexual, edad, fuerza o capacidades físicas o mentales, igual que los derechos para migrantes y trabajadores extranjeros. Ejemplos de todos los continentes demuestran que los que luchan con habilidad contra la tiranía, contra el oscurantismo, contra la segregación, contra el desprecio, contra el olvido, consiguen muchas veces salirse con la suya.

Los nuevos movimientos en contra de la intolerancia no sólo buscan que nadie sea reprimido sino incluso, señalan que nadie debe sentirse ridiculizado, minusvalorado, objeto de burla hasta el grado de verse obligado a disimular con vergüenza su religión, su color, su lengua, su apellido o cualquier otro componente de su identidad. Todos los seres humanos —dicen— deberían poder asumir, con la cabeza alta, sin miedo y sin resentimiento todos sus rasgos y costumbres. El reconocimiento genera autoconfianza, autoestima y autorrespeto que finalmente es un potencial del desarrollo, en cambio la intolerancia tiene consecuencias muy graves e impredecibles para el conjunto de la humanidad.

La globalización ha permitido mayor comunicación y nunca antes los seres humanos habíamos tenido tanta comunicación. Todo el que tiene una idea, sea genial, perversa o innecesaria, puede hacerla llegar, en el mismo día, a decenas de millones de personas. Se comparten conocimientos, pensamientos y referencias igual que imágenes y descubrimientos. En algún momento se pensó en que esto podría convertirse en una amenaza para la diversidad, pero los intercambios han mostrado que el mundo que está en comunicación enriquece y permite un mejor conocimiento del otro y que, simultáneamente, mueve también a cada grupo a afirmar su identidad. Catalanes, vascos, grupos indígenas de todo el

mundo reivindican sus derechos a la autodeterminación y a conservar sus costumbres y creencias ancestrales, a comunicarse en su lengua materna y a expresarse según sus propios caminos, y el mundo les ofrece a quienes quieren preservar las culturas amenazadas, medios para defenderse. Todo ello se convierte en una nueva oportunidad para renovar el diálogo entre culturas y civilizaciones y para elaborar lo que el día de mañana será nuestro futuro común.

Y mucho de toda esta esperanza tiene que ver también con las posibilidades del conocimiento, del reconocimiento del otro, de reducir la ignorancia y despejar muchos de los mitos construidos en torno a ciertos grupos humanos. Hoy esto es más posible que antes, no sólo porque las migraciones, ya sean por motivos de guerras, de creencias o de oportunidades de empleo, son un fenómeno tan masivo como irreversible que permite el intercambio y hace posible que existan lugares como puede ser Nueva York donde convive la más variada gama de personas en sana armonía. También los medios de comunicación masiva tienen en sus manos la posibilidad de garantizar el flujo libre de ideas a través de palabras y de imágenes. Esto es cierto pero nunca debemos olvidar que la intolerancia no es un asunto que pueda resolverse con información y contactos, sino que siempre tiene que ver con la desigualdad y con el poder.

Hoy, en muchos grupos existe la clara conciencia de que la enorme diversidad de rasgos culturales, espirituales, materiales, intelectuales y emocionales, la diversidad de razas y lenguas, la pluralidad del pensamiento es la más importante riqueza de la humanidad. Igual que el mundo pierde y se empobrece cada vez que una especie animal o vegetal se ve amenazada, cuando en alguna parte del mundo se destruye un bosque o una laguna, el mundo pierde cuando la humanidad se vuelve homogénea, es la diversidad la que ha permitido avances en el pensamiento, la que ha dado lugar al arte y a la literatura, la que nos permite y nos impulsa a viajar y a conocer otras realidades. Atacarla con la intolerancia es dañarnos como grupo humano. Con la homogeneización todo el mundo saldrá perdiendo y después de una rebelión sin salida perderemos gran parte de lo que constituye nuestra razón de ser como género.

Y, a pesar de todo ello el mundo sigue siendo un mundo lleno de atrocidades. Guerras mundiales, dictaduras criminales, exterminio y limpieza étnica, crecimiento abismal de las desigualdades nacionales y globales, destrucción del medio ambiente o violación de los derechos humanos a migrantes son sólo las más evidentes de las catástrofes que hemos presenciado, muchas de las cuales han sido “justificadas” desde supuestos argumentos racionales.

Hoy los grupos intolerantes no sólo se quedan en la propaganda de sus ideas sino que avanzan en la comisión de crímenes de odio. Los organismos internacionales alertan sobre el resurgimiento o exacerbación de fenómenos tales como: conflictos etnonacionalistas, discriminación contra grupos minoritarios, organizaciones e ideologías racistas y actos de violencia racial, extremismo religioso, actos de violencia e intimidación contra artistas, intelectuales y periodistas por diferencias de opinión, marginación y exclusión de grupos vulnerables y actos de violencia contra grupos de personas a los que se considera responsables de problemas sociales como la delincuencia, etcétera.

Son preocupantes los grupos neonazis, especie que se creía extinta constituida por jóvenes que golpean y asesinan por motivos de raza y que tienen la fuerza suficiente para incluso organizar encuentros a nivel internacional como el que se llevó a cabo en Santiago de Chile, en abril de 2002. Por ejemplo, una noticia aparecida en el periódico mostró cómo en Alemania, agresores de 19 y 20 años que se encontraban de madrugada bebiendo cerveza junto con otros ultraderechistas atacaron a tres jóvenes turcos que llegaron en coche a repostar gasolina. Tras insultarlos se abalanzaron sobre los tres, arrojándoles una botella de cerveza. Uno de los tres turcos debió ser atendido en el hospital con heridas cortantes, los otros dos recibieron lesiones leves. Dos policías de civil que intervinieron para poner fin a la agresión fueron atacados también por los extremistas y tuvieron que pedir refuerzos. Se requirieron 21 agentes de la policía para controlarlos. También en Alemania se habla de la agresión a un niño vietnamita que viaja

en el tren urbano repleto de *skinheads*. O bien el caso de Adriano, un hombre de color nacido en Mozambique, empleado en una planta empacadora de carne en Alemania fue atacado por tres jóvenes que lo golpearon y patearon durante cerca de cinco minutos, al tiempo que le gritaban: “¡Fuera de nuestro país, negro asqueroso!”.

Otras organizaciones similares se encuentran a lo largo de toda América Latina y más de 25 mil sitios web de contenido extremista y algunos juegos en los que se escenifica un campo de concentración donde los presos son turcos, o donde el programa de tiro está orientado al logro de la limpieza étnica. Un programa que da seguimiento a los grupos de odio racial en el mundo revela una gran cantidad de grupos antiinmigrantes que operan en la frontera norte de México. En la frontera también se multiplican los grupos: American Border Patrol en Arizona, Ranch Rescue en Arizona, Nuevo México, Texas y California el Citizen Border Patrol Militia, que opera en la frontera con Agua Prieta Sonora. Estos grupos reciben apoyo de otras organizaciones como la Coalición Californiana por la Reforma de Inmigración, y las religiosas Iglesia Mundial del Creador e Identidad Cristiana, las cuales hacen una contradictoria mezcla de cristianismo y racismo, algunos de sus jóvenes integrantes proclaman una sagrada guerra racial.

Asimismo, debemos referir el caso de numerosos sitios de internet dedicados a fomentar el racismo, el antisemitismo, etc. Son los nuevos espacios de la propaganda y retórica del odio que, dirigidos a los jóvenes, presentan imágenes distorsionadas, recurren al uso de un lenguaje violento y ofensivo, convocan a organizarse y a realizar acciones criminales.

El conflicto de los Balcanes, a fines del siglo XX, rememora los crímenes contra la humanidad del gobierno nazi. Con prácticas tales como violaciones y asesinatos en masa, se ha perpetrado una verdadera operación de limpieza étnica, entendida como aquellos actos que se realizan para exterminar a personas de otras etnias. Las secuelas del odio permanecerán por generaciones de víctimas que han sido afectadas de una u otra manera.

Lamentablemente no es éste el único caso. Por el contrario, encontramos situaciones similares en Burundi, Etiopía, Timor Oriental, Somalia, Ruanda, Sierra Leona, República Democrática del Congo, Irak, entre otros. En todos estos casos, además de los genocidios y violaciones repetidas a los derechos humanos, existe una derivación que prolonga el sufrimiento de las víctimas, que es el desplazamiento obligado. Actualmente, en el mundo hay más de 23 millones de refugiados, víctimas de la persecución por motivos de raza, religión, etnia o por sus convicciones políticas. Ochenta por ciento lo constituyen mujeres y niños.

El racismo y la xenofobia son también actitudes que se padecen continuamente. Distintas circunstancias han provocado la migración de personas por todo el mundo; lo que en sí mismo podría representar una oportunidad de intercambio y encuentro entre culturas se convierte con frecuencia en rechazo, escarnio, desprecio, discriminación o incluso en actos criminales. Distintas minorías han denunciado numerosas situaciones injustas y es preocupante el fortalecimiento de agrupaciones racistas en países de Europa y Estados Unidos, así como el ataque a grupos de inmigrantes: kurdos y turcos en Alemania, marroquíes y sudsafricanos en España, árabes y mexicanos en Estados Unidos. De hecho, la organización no gubernamental Human Rights Watch reportó que después del 11 de septiembre de 2001, las agresiones contra personas de origen musulmán en Estados Unidos se incrementaron 1,700%, presentándose asaltos, incendios provocados, vandalismo e incluso asesinatos.

Los prejuicios por motivos étnicos se padecen también en el marco de un mismo Estado nacional. No hace falta emigrar a otro país para sufrir los prejuicios de la discriminación. Sin llegar a los extremos de limpieza étnica que mencionamos arriba, encontramos en todos los países del mundo actitudes de intolerancia para con la población de origen africano y para con los grupos indígenas. La discriminación racial toma múltiples formas que se manifiestan en indicadores precisos sobre el lugar que ocupan las

minorías en la distribución de los bienes de un país, pero también es importante considerar las actitudes que en la vida cotidiana mostramos respecto a esos colectivos, de los cuales la mayor parte de las veces sabemos muy poco.

La intolerancia religiosa no es un fenómeno superado. La ONU, en la Declaración sobre la eliminación de todas las formas de intolerancia y discriminación fundadas en la religión o las convicciones, proclamada en 1981 define como intolerancia y discriminación basadas en la religión o las convicciones “toda distinción, exclusión, restricción o preferencia fundada en la religión o en las convicciones y cuyo fin o efecto sea la abolición o el menoscabo del reconocimiento, el goce o el ejercicio en pie de igualdad de los derechos humanos y las libertades fundamentales”. En su Artículo 3º establece que “La discriminación entre los seres humanos por motivos de religión o convicciones constituye una ofensa a la dignidad humana y una negación de los principios de la Carta de las Naciones Unidas, y debe ser condenada como una violación de los derechos humanos y las libertades fundamentales proclamados en la Declaración Universal de Derechos Humanos y enunciados detalladamente en los Pactos internacionales de derechos humanos, y como un obstáculo para las relaciones amistosas y pacíficas entre las naciones”.

Como sabemos, las declaraciones internacionales son acuerdos vinculantes entre los Estados que reconocen la necesidad de crear un marco jurídico global frente a problemáticas que nos afectan a todos; son declaraciones que apuntan hacia objetivos valiosos no logrados, son intenciones y acuerdos sobre un futuro deseable. Sin embargo, estamos lejos aún de hacer que los deseos se conviertan en realidad. La intolerancia religiosa se manifiesta de muchas maneras: como política de Estado en los Estados confesionales, con restricciones jurídicas que coartan los derechos religiosos de grupos minoritarios, como enfrentamiento entre comunidades que profesan distintas religiones y, desde luego, como terrorismo. Es importante señalar que el fundamentalismo religioso no es exclusividad de ninguna religión. Encontramos lamentables muestras de extremismo en casi todas ellas.

La intolerancia política es otra realidad contemporánea que en ocasiones es también ejercida por los gobiernos aunque también por grupos en particular. En general, las muestras de violencia política que recorren una buena parte del mundo tienen elementos de intolerancia y reflejan la falta de disposición de resolver las diferencias políticas mediante métodos pacíficos de diálogo y concordia. A veces se nos presentan casos de grupos terroristas relativamente aislados como el del grupo nacionalista ETA en España, pero en otras se trata de complejos conflictos que han logrado involucrar a toda una nación, como en el caso colombiano.

Otra forma de intolerancia que ha sido reconocida por el Comité Internacional de los Derechos Humanos de la ONU como una forma inaceptable de discriminación es la que se basa en los prejuicios por orientación e identidad sexual. Un tema polémico que pone a prueba la disposición tolerante de sectores mayoritarios en nuestras sociedades.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar una nueva forma de intolerancia que apunta a la eliminación física de aquellos a quienes se considera causantes de alguna problemática social. Este es el caso del asesinato de niños en situación de calle en Brasil. Tenemos que poner atención en el desprecio y maltrato de que son objeto todos los grupos vulnerables como los discapacitados, los niños y los pobres.

En resumen, la intolerancia cobra a diario miles de víctimas que sufren distintos tipos de vejaciones que atentan contra su dignidad: humillaciones, amenazas, tortura, marginación, desplazamiento forzado, asesinato. Y todos estos sucesos, más allá de la reacción airada que pueden merecer, lo que han hecho es poner en tela de juicio la capacidad de los seres humanos de alcanzar formas de vida superiores guiadas por los ideales que heredamos de la Ilustración. Y este descrédito en los ideales han llevado a una indiferencia que puede ser más peligrosa de lo que hemos visto hasta hoy.

EL PELIGRO DE LA INDIFERENCIA

El camino hacia la plena tolerancia luce como un largo camino. Simplemente a nivel de los conceptos es necesario transitar no sólo hacia la total aceptación y respeto a las diferencias, sino llegar a la convicción absoluta de que la heterogeneidad nos enriquece, mientras que la homogeneidad nos empobrece. La discusión ha tomado también nuevas formas y es, en muchos sentidos, contradictoria. Atrás de esa polémica continúan discusiones en torno al valor de los derechos individuales y los comunitarios, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la importancia de valores relativos o la existencia de valores absolutos y de la comunidad versus el universalismo.

Pero, más allá de las discusiones teóricas, el peligro que hoy toma el lugar predominante es la indiferencia. Aunque con una visión pesimista, no dejan de tener razón quienes opinan que la indiferencia, como resultado del relativismo y del descrédito, constituye el clima cultural en los países occidentales. El pensamiento clásico creyó en el hombre y en su capacidad de progreso, generaciones enteras crecieron con el sueño de que algún día se construiría un mundo mejor y las ideologías fueron durante siglos forjadoras de esperanzas y proyectos de vida. Hoy el mundo no cuenta con estas certidumbres. En el terreno de la política, la filosofía, las artes e incluso las ciencias hay escepticismo respecto al rumbo de la historia y a las posibilidades de la razón y algunos filósofos han empezado a hablar de la derrota del pensamiento. El tiempo de buscar explicaciones globales ha terminado y en ocasiones parece sólo quedar espacio para un pensamiento superficial y una vida efímera, se niegan las grandes verdades y se califica de fundamentalismo dichas creencias.

El relativismo cultural supone la indiferencia y en última instancia la intolerancia. El pensamiento posmoderno señala que la tolerancia hoy es posmoralista y se traduce más que en la razón en la indiferencia, más que en un ideal dirigido al prójimo en un movimiento de autoabsorción individualista, más que en un deber categórico en un derecho subjetivo. La indiferencia es el peor enemigo de la educación en valores pues elude el compromiso ético. De este modo ¿qué nos puede importar el exterminio interétnico en la República de El Congo o en Timor Oriental? Es importante preguntarnos cuáles son las fuentes morales del hombre moderno que parece indiferente frente a la discriminación y la represión

Lo que descubrió la presencia del totalitarismo y que debe mover a reflexión es que la indiferencia es un enorme peligro ya que no necesariamente significa neutralidad, las masas pueden ser manipuladas y los individuos perder el parámetro de la realidad, la capacidad de reflexión y dejarse dominar por ideas, individuos o acciones que los rebasan. En 1995, después de medio siglo de Auschwitz e Hiroshima, Naciones Unidas proclamó el Año Internacional de la Tolerancia pues con nuevos campos de concentración, con genocidios, torturas, violaciones y deportaciones se había roto el consenso del «*nunca más*».¹²

Hoy es posible apreciar tres patologías. Por un lado el abuso de la palabra que confunde. Los discursos a favor de la tolerancia existen pero su eficacia parece estar, como sucede con la educación, en relación inversa con el número de veces que se repite. La tolerancia puede aburrir por saturación, devaluarse por tanto manoseo. La sensibilidad humana crece salvaje si no se cultiva, pero también puede estragarse por sobredosis. Y esto sucede en general cuando la palabra no va acompañada de los hechos y sólo queda en la declaración de buenas intenciones. “Del dicho al hecho hay mucho trecho”.

Un segundo peligro es la intolerancia enmascarada. Hay un dicho que dice «*dime de qué presumes y te diré de qué careces*». Voltaire se pasó media vida escribiendo sobre la tolerancia mientras alentaba los odios entre judíos y cristianos. Se veía a sí mismo como patriarca de la tolerancia, pero algunos lo acusaron de no ver en él más que el genio del odio.

¹² Este llamado de “Nunca más” fue propuesto por Theodor Adorno.

Finalmente, está el peligro de la permisividad, este sentimiento de que nada es realmente grave y que todos tienen derecho a expresar desde su más tierna infancia los más crueles pensamientos, puede y de hecho ha tenido graves consecuencias en la educación. Cabe recordar que la ocasión en que durante la representación de una tragedia de Eurípides, cuando se dijo que en materia de virtud lo mejor era mirar todo con indulgencia y Sócrates interrumpió a los actores para protestar pues, como dijo, le parecía ridículo consentir que se corrompiera así la educación.

LOS CAMINOS HACIA LA TOLERANCIA

Dado que la intolerancia tiene sus peores manifestaciones cuando va unida al poder ya sea de naciones, grupos o individuos, los principales caminos para transitar por los caminos de la tolerancia tienen que ver, por un lado, con todo aquello capaz de limitar o acotar el poder y que se resume en: instituciones, leyes y por supuesto en una opinión pública clara y en una sociedad civil fortalecida.

A) LAS LEYES Y LAS INSTITUCIONES. UN CONTRAPESO AL PODER

Es cierto que el derecho no es necesariamente el límite de la tolerancia. En muchos casos incluso ha sido la ley precisamente parte de esto “intolerable” que ha movido a una resistencia civil. Sin embargo, la ley cuando son realmente el resultado del consenso de la sociedad, de la fortaleza de instituciones democráticas, de la participación ciudadana, cuando no son producto de la arbitrariedad de un grupo o de un ser humano, son instrumentos valiosos en la lucha contra la intolerancia.

Tanto las naciones como el conjunto de naciones requieren de leyes que eviten los actos de intolerancia a los que nos hemos referido a lo largo de este texto. Y en este sentido el siglo XX presenció avances significativos. Muchas naciones hicieron explícito su reconocimiento al valor que tiene la vida misma, independientemente de las características de los hombres. Se reconoció la riqueza que implica la diversidad, se defendió el derecho a la autodeterminación de los pueblos y se discutieron los derechos para las minorías. Gran parte de estas reflexiones tuvieron como resultado la adopción de leyes independientemente de que su aplicación pueda en algunos lugares ponerse en duda.

Hoy, una gran parte del mundo asume que los derechos inherentes a la dignidad del ser humano son universales, indivisibles e interdependientes y que por lo tanto unos no pueden cobrar preeminencia sobre los otros. Se sostiene, en una gran parte de los países que forman el mundo, como imperativo ético, que nadie puede negar los derechos a un individuo por motivos de religión, color, nacionalidad, sexo o cualquier otra condición. La concepción respecto a los derechos humanos también ha logrado avances significativos, se los considera valores fundamentales y son la base de una ética universal que permite tener claro que uno de los límites de la tolerancia es cuando lastima la dignidad de la persona y que repudia su instrumentalización.

Y sobre estas convicciones se han desarrollado a nivel internacional no sólo innumerables conferencias y seminarios sino que se han suscrito diversas leyes como la Declaración sobre el Derecho a la Diversidad Cultural realizada por la UNESCO, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, los Convenios Internacionales sobre los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales o la Declaración de la UNESCO sobre raza y prejuicios raciales, las recomendación para la preservación de la cultura tradicional y popular.

Concretamente la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) acordó en 1995 una “Declaración de principios sobre la tolerancia” que señala que “La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad, de las culturas de nuestro

mundo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos. La fomentan el conocimiento, la actitud de apertura, la comunicación y la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por una cultura de paz". Más adelante, agrega que la tolerancia no es una concesión o indulgencia, sino una actitud activa que debe ser practicada por los Estados y por los individuos. Plantean que los gobiernos están obligados a fomentar la educación para la tolerancia

Vinculada a la tolerancia y como una de las principales preocupaciones de la ONU está la discriminación que se considera como un atentado a la dignidad humana y como síntomas detestables de una enfermedad que la humanidad ha padecido y que deben ser eliminadas y los esfuerzos en este sentido no terminan pues las acciones en contra de las minorías siguen presentes.¹³

El asunto hoy no es sólo de moralidad y valores sino de orden público y de garantías y esto sólo parece posible si va acompañado del establecimiento de relaciones más igualitarias, de la educación y de la democracia. Las instituciones sólidas parecen las únicas que por el momento pueden poner un alto a las atrocidades que es capaz de cometer la intolerancia.

B) LA EDUCACIÓN Y EL FORTALECIMIENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL

El camino para contar con una sociedad fortalecida capaz de manifestarse contra la intolerancia y de propiciar una tolerancia horizontal, una tolerancia entre los miembros de la sociedad, es sin duda la educación en el más amplio sentido de la palabra.

El análisis de la historia, la información veraz, el conocimiento y la reflexión permiten poner en evidencia las tuercas que sostienen a la intolerancia y crear nuevos caminos para combatir la discriminación y defender la tolerancia y, aunque es un camino largo, es el único que verdaderamente puede garantizar que se avance a favor de ésta. Si la intolerancia ha generado un mundo de hostilidad, agresión, violencia y desprecio es importante crear un mundo de tolerancia caracterizado por la amistad, la consideración, la escucha, y la cooperación y la solidaridad entre los pueblos. Y para lograrlo tenemos a mano: los medios de comunicación masiva, la familia y la escuela.

Si la intolerancia por lo diferente o desconocido y el deseo de imponer a los demás nuestros puntos de vista puede ser un sentimiento natural, la educación es la única capaz de crear actitudes de respeto, al igual que lo ha hecho en lo que se refiere al respeto por la propiedad ajena.

Partimos de que la educación es un proceso complejo que implica a la totalidad del ser humano y del contexto social. Por su etimología podemos saber que no se trata de un objeto, sino de una relación, de un proceso que dura toda la vida, que humaniza y que incide en la razón. En dicho proceso el educador es únicamente una ayuda. El hombre educado no sólo adquiere habilidades o destrezas operativas, sino un conocimiento y comprensión sobre el mundo y el sentido de la vida que le permite pensar, sentir y vivir con tolerancia.

¹³ Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia con lo que se pretende examinar la situación con una nueva perspectiva y lograr la adopción de medidas que permitan erradicar o disminuir el problema.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt Hannah**, 1951. *Los orígenes del totalitarismo*, tomo 3. Editorial Alianza.
- Avitser, Leonardo**, 2001. Democracia deliberativa en *Metapolítica*. Los nuevos adjetivos de la democracia. Volúmen 5 abril/junio. México.
- Bobbio Norberto y Miguel Angel Bovero**. *Origen y fundamento del poder político*. Grijalbo, México.
- Eco Humberto**, 1997, *Cinco lecciones morales. Sobre las migraciones, la tolerancia y lo intolerable*. Editorial Sipane, Madrid, España.
- Fetscher Iring**, 1994. *La tolerancia. Una pequeña virtud imprescindible para la democracia*. Gedisa Editorial. Barcelona, España.
- , 1991, “La Ilustración en Francia: La Enciclopedia, Montesquieu, Rousseau”, Vallespin Fernando (editor) *Historia de la Teoría Política 2*. Alianza Editorial, Madrid.
- Gimenez Gilberto**, *Las diferentes formas de discriminación desde la perspectiva de la lucha por el reconocimiento social* sin publicarse aún 2003.
- Honneth Axel**, 1997, *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática social de los conflictos sociales*. Editorial Grijalvo, Barcelona, España.
- Lipovetski G.** 1994. *El crepúsculo del deber*. Anagrama, Barcelona.
- Locke John**, 1985, *Carta sobre la tolerancia*, Editorial Tecnos. Madrid, España.
- Maalouf Amin**, 1999, *Identidades asesinas*. Alianza Editorial. Madrid, España.
- , 1999. *Las cruzadas vistas por los árabes*, Alianza Editorial.
- Porrier Hebert**, “El médico de Córdoba”.
- Rawls John**, 1986. *La justicia como equidad*. Editorial Tecnos,
- Rousseau, Jean-Jacques**, 1992. *El contrato social o principios de derecho político*. Editorial Porrúa, México.
- Sabine H. George**, 1975. *Historia de la teoría política*. (1937). FCE. México
- Touraine Alain**, 2001. *¿Podremos vivir juntos?* Editorial Fondo de Cultura Económica. México.
- Yourcenar Marguerite**. “Opus Ningrum”.
- Voltaire**, Tratado de la tolerancia. Traducción de Carlos Chies. Editorial Crelica.

Walzer Michel, 1997. *Tratado sobre la Tolerancia*. Editorial Paidós, Barcelona. Yale University Press.

Werner Becker, 1990. *La libertad que queremos. La decisión para la democracia liberal*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México.

DOCUMENTOS Y ENCICLOPEDIAS

Historia Universal de Jaques Pirenne. Editorial Cumbre. México.

Declaración de los principios sobre la tolerancia. UNESCO, 1995. (en internet)

Una búsqueda universal de la tolerancia. Año internacional de las Naciones Unidas para la tolerancia. 1995 (en internet)

Declaración de la diversidad cultural. UNESCO, 1998

Pour Liderach John. "Reflections on terrorism" (en internet)

Arundhati Roy. "Sobre la Guerra". Artículo en *La Jornada* 4-4-03